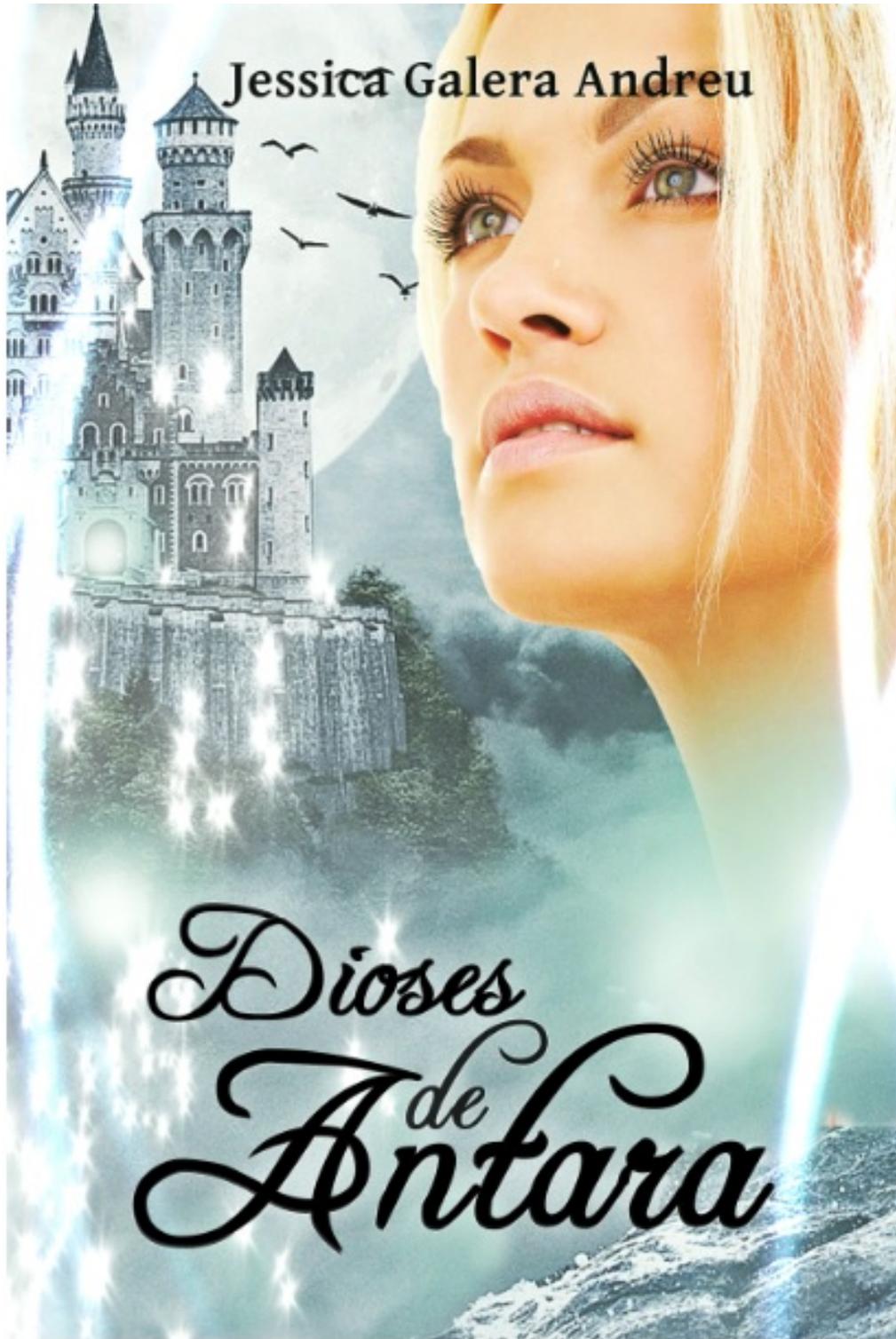


Dioses de Antara (Dioses y Guerreros 1)

Jessica Galera Andreu



Capítulo 1

Prólogo

Magia, eso es lo que se nos viene a la mente cuando todo nos sale a pedir de boca y nuestra vida es maravillosa. A pesar de haber tenido que sufrir el revés de perder a su madre hacía tiempo, Antara sentía que su vida era maravillosa. Tenía una familia que la quería; a pesar de que su padre se casara con otra mujer, quien tenía una hija ya, ellos siempre estaban ahí cuando los necesitaba, dándole todo por ella.

¿Su vida social? Fabulosa, era la envidia y el centro de atención de su círculo de amigas. Aunque ellas casi siempre se quejaban de que no iba a de compras con ellas, porque prefería visitar a esa vieja chiflada que estaba rodeada de libros, todas adoraban a Antara y siempre requerían su presencia para toda clase de eventos.

Pero lo mejor de su vida, sin lugar a dudas era su día a día en el instituto, no porque fuese una de las chicas más populares, ni tampoco porque además sus notas también fuesen mucho más que decentes, no; todo ello quedaba eclipsado ante el hecho de ser la novia de Óscar, el chico más guapo y popular del instituto. Aunque no solía mostrarse tan espiritual y sensible como ella, Óscar era todo un galán que se sentía orgulloso de poder presumir de su tan amada novia, porque Antara tampoco se quedaba corta; cuidaba su imagen hasta el más mínimo detalle. Ambos eran la pareja perfecta en un mundo perfecto.

Siempre se recordaba a sí misma lo afortunada que era, siendo totalmente consciente que aquello sería por siempre así, porque un mágico halo lo envolvía todo en su vida, protegiéndola de cualquier mal. Pero la magia también tiene su lado malo: Hay que tributar un coste muy alto y hacer grandes sacrificios para mantenerla activa.

Quizás fue lo que pensó justo antes de perder la consciencia, porque un coche embistió al suyo desde un lateral, provocando un aparatoso accidente. Quizás eso fue lo que un ser muy querido le dijo mientras estuvo en coma, al otro lado del velo que separa nuestro mundo de otros. Quizás ese pensamiento fuese producido por su destrozado corazón, buscando algo a lo que aferrarse, para no tener que enfrentarse a esa aterradora oscuridad, que la envolvió en el mismo momento que despertó. Quizás la magia es tan mortal como nosotros y al igual que nace, está destinada a morir...

-Del autor Lobo Fantasma-

Capítulo 2

1. Un nombre muy raro

Antara permanece sentada sobre su cama, con la espalda totalmente erguida y las manos sobre su regazo. La ventana que corona su habitación le queda en frente, dando rienda suelta a la embestida del sol que invade, como todas las mañanas, cada rincón de aquel cuarto.

Aún tiene el pelo mojado y eso acentúa la sensación de frío que le recorre el cuerpo. Su respiración acompasada trata de espantar el temblor. Cada vez que toma aire y lo expulsa de sus pulmones escucha en su cabeza las palabras de su padre, repitiéndole lo afortunada que es por estar ahí. Lo afortunado que es él por no haberla perdido.

Pero no es así como ella se siente. Algo en su interior le reprueba cada vez que lamenta su infortunio; está viva y eso no sólo es algo; eso es mucho. Pero ese 'mucho' se ha quedado vacío, oscuro y extraño.

Antara no sabría cómo hablar de esos meses en coma; ni siquiera recuerda cómo fue el accidente. Le han dicho que iba sola en su coche, que otro vehículo se cruzó en su camino al saltarse una señal de «Stop» y que la embistió con el frontal, destrozando la puerta del conductor, es decir, la suya y el lateral izquierdo del coche. El golpe en la cabeza fue lo más grave, aunque no la única de sus heridas. En definitiva, Antara siente como si esa parte de su vida fuese un retazo adherido de explicaciones y recuerdos artificiales. Después, el despertar y la negrura. Los médicos le otorgan pocas esperanzas de recuperar la visión y aunque ella misma trató de aferrarse a la más efímera esperanza mientras estaba en el hospital, regresar a casa la aboca, poco a poco, a una cruda realidad.

Aún guarda en su mente el miedo aterrador al pisar la calle por vez primera. El mortecino sol del otoño golpeándola en la cara emulaba la misma voluntad del calor que ella anhelaba y que el astro rey no podía ofrecerle. De pronto, caminar del brazo de su padre la hizo sentirse al frente de un abismo de caída incierta. Cada paso, dado con temor; cada ruido a su alrededor, multiplicado. El mundo que había anhelado comerse hacía apenas unos pocos meses, amenazaba ahora con ser demasiado grande para ella en este momento; con ser él el que la devorase a ella.

Tampoco ayudan las ausencias que dejan un mayor espacio a un vacío ya demasiado extenso. Óscar siempre fue, a su parecer, el novio perfecto pero en los seis meses de estancia en el hospital no ha ido a verla ni una sola vez; ni una llamada, ni una explicación. Por eso los nervios la azusan en ese momento como si fuese a ser la primera vez que habla con él.

Porque Óscar la ha llamado hace apenas una hora; quiere hablar con ella y aunque Antara lleva meses esperando esa llamada, ahora es algo que la deja fría.

Cuando oye la portezuela del coche cerrarse abajo, pasea, de forma instintiva, sus dedos entre su pelo. Ya no puedo verlo pero sabe que su larga melena rubia ha de presentar aquellas ondas que siempre ha odiado. Pasar horas en el baño frente al espejo para alisarla es otro de esos actos banales a los que ha renunciado.

Se incorpora y tantea con sus manos la cama, dirigiéndose hacia la puerta. Tropieza con el bastón que su padre le ha traído y que ella se niega a utilizar. Se yergue de nuevo y permanece inmóvil, alisándose las arrugas de la falda. Le ha pedido a Adeline, la mujer que se encarga de las labores domésticas, el conjunto verde azahar que tanto le gustaba aunque detesta no poder comprobar cómo le queda en ese momento.

Dos golpecitos en la puerta la hacen tensarse más que nunca y carraspea antes de hablar.

—Adelante.

Escucha el seco crujido de la cerradura y, después, la voz de su padre:

—Cariño, Óscar está aquí. Os dejo solos. Si necesitáis algo, sólo tenéis que decírmelo.

—Gracias, papá.

Agradece, en silencio, la paciencia de su progenitor. Bajo ningún concepto se había mostrado por la labor de permitirle la entrada a Óscar nunca más en su casa pero las súplicas de Antara le han hecho ceder. Ella no espera una solución satisfactoria para aquella situación pero sea lo que sea lo que ha de ocurrir, ha de ser ya. Prolongar la incertidumbre resulta tan absurdo como doloroso. Tampoco su madrastra se ha mostrado dispuesta a atender a Óscar pero la insistencia de Antara al respecto, también le ha hecho dar su brazo a torcer. María lleva casada con su padre seis años y aunque siempre ha sido buena con ella, al igual que su hermanastra Celine, Antara ha echado en falta como nunca la figura de su madre, que falleció cuando ella tenía apenas siete años. Ahora ni María ni su hija, fruto de un matrimonio anterior, están en la casa, pues ambas partieron de viaje hace escasamente un par de semanas.

La puerta vuelve a cerrarse y Antara se siente exasperada por el silencio que la envuelve.

—¿Estás ahí? —le pregunta a Óscar.

—Ehm... sí. Sí, estoy aquí. Estás... preciosa.

Antara lleva tiempo acumulando dudas y rabia a partes iguales; todo ello proyectado hacia Óscar pero en aquel momento, no sabe a qué sentimiento darle rienda suelta. Casi le cuesta entender cómo han llegado a ese punto, ellos, que eran la pareja perfecta en el instituto. Ella, la chica más popular, la más admirada, gran estudiante y cuidando siempre cada detalle. Y él, el más deseado por todas, el más apuesto; también alumno ejemplar y mejor deportista. Una relación idílica y cómplice que, de la noche a la mañana se convierte en algo extraño y distante.

Están el uno frente al otro y no saben qué decirse para dotar de naturalidad a una relación que siempre la tuvo. Al menos, en apariencia.

—Sé... que te debo una explicación —dice al fin Óscar.

Las palabras resultan todo un alivio para Antara.

—Siéntate —le pide ella.

—Prefiero quedarme de pie. Si no te importa.

—Claro.

Antara recula un pasito y se sujeta al tocador que le queda detrás.

—Verás, primero... cuando supe lo del accidente... dijeron que estabas mal; ni siquiera sabían si sobrevivirías y te juro que fueron los peores días de mi vida. No tenía caso que fuese a verte, pues no iban a dejarme entrar. Después... tu vida ya no corría peligro pero no sabían si despertarías y, por dios que no me vi capaz de verte así. De todos modos tú tampoco ibas a darte cuenta. Hubiera sido absurdo que te visitase.

—A veces basta con estar ahí, Óscar —responde Antara al fin—. Aunque no te puedan ver o aunque no puedan hablarte, basta con que puedan sentirte, de algún modo.

Algo en la expresión de Óscar se relaja, quizás el hecho de estar tratando algo que Antara y él habían hablado otras veces, tan espiritual ella; tan pragmático él.

—Sensaciones, percepciones —dice Óscar—. Ya sabes que yo sólo me fío de lo que veo.

—Yo no te veo y sin embargo estás aquí.

Óscar se lleva el puño a la boca.

—Lo siento —se disculpa—. Lo que quiero decir es... Cielos, Antara, esta no es una de tus novelas de amor o fantasía en las que la chica despierta cuando él entra en la habitación o algo así. Esta es la cruda realidad y si estás en coma, no te enteras de nada. Por eso no fui.

Óscar está empezando a alterarse y eso le hace perder la sutileza en sus maneras; Antara lo sabe bien. Por eso trata de suavizar el efecto de sus palabras en ella. No quiere que le afecten más de lo necesario.

—Estuve despierta mucho tiempo en el hospital —le recrimina—. Tres meses. No podía verte pero sí me hubiera enterado, como tú dices.

—Ya... No sé, había pasado mucho tiempo y... pensé que me lo reprocharías, con toda la razón del mundo. Además, supe que habías perdido la visión y... no sabía cómo afrontarlo.

Antara sonríe.

—Soy yo quien debe afrontarlo, Óscar. Sólo necesitaba... no estar sola.

—No estabas sola. Tu... tu familia estaba contigo.

—Sí... —murmura—. Mi familia...

—Hay... hay algo más que quiero decirte.

Antara guarda silencio. Ni siquiera se siente con fuerzas para enfadarse y mandarle a paseo. Que diga lo que tenga que decir y después, se marche; sin aspavientos ni dramas.

—Kristina y yo...

Pero la noticia no da lugar a serenidad. Kristina y él...

—Kristina y tú ¿qué?

—Estamos... Bueno... Los dos estábamos rotos con el accidente y... no podía esperarte toda la vida. Ni siquiera los médicos sabían si saldrías adelante. Después...

No puede ver a Óscar pero por primera vez desde que le conoció Antara siente que aun gozando del sentido de la vista, en aquel momento tendría frente a sí a un total desconocido. Un desconocido ante el que no quiere llorar. Siente los ojos encharcados pero aguantará. No le dará la

satisfacción de verla vencida.

—Después ¿qué? —pregunta ella. Hace verdaderos esfuerzos por contenerse y no estallar. Sabe que si lo hace, Óscar se marchará, privándole de todo aquello que necesita escuchar; una cruel confirmación que la empuje a renunciar para siempre a él.

—Joder, Antara; lo de tu vista. Podemos fingir que todo es igual que antes pero no lo es.

—No lo es, Óscar pero ha cambiado especialmente para mí. Soy yo quien no ve, te lo recuerdo.

—No ha cambiado solo para ti. Ya sé que tú vives en ese particular mundo donde imaginas cosas y echas mano de percepciones extrasensoriales y demás chorradas pero yo necesito hechos, realidades. Y por crudo que todo esto sea, prefiero ir con la verdad por delante.

—Ojalá no hubieras tardado medio año en echarle narices —responde ella—. Quizás el valor nunca haya sido tu fuerte pero creo que la situación lo exigía, que yo me lo merecía, ¿no te parece?

—Sé que te he decepcionado, Antara y créeme cuando te digo que también lo he hecho conmigo mismo pero todo esto se me queda grande.

—Por suerte tú puedes elegir no afrontarlo.

Las lágrimas ya están surcando sus mejillas, abrasándolas, encendiéndolas. Sólo la tristeza se sobrepone a la rabia que siente, consigo misma más que con él.

—Vas a poder contar conmigo para lo que sea pero yo necesito...

—¿Qué necesitas? ¿Que te digan cada día lo guapo que estás o lo bien que te quedan unos pantalones? ¿Es eso?

—Me sorprende que estuvieras conmigo si me veías así de superficial. No necesito nada de eso; necesito miradas cómplices. Decirnos todo sin decirnos nada. Hay muchas cosas encerradas en una mirada, Antara. Y quizás sea un inseguro, un cobarde y todo lo que se te pueda estar pasando por la cabeza. Pero las necesito, las he necesitado durante mucho tiempo y Kristina me las ha dado.

—¿Sabes qué es lo único que lamento? —le interrumpe ella—. No haber tenido si quiera la satisfacción de ser yo quien te mande al diablo. Tener que aguantar que después de toda esta mierda seas tú quien lo haga.

—Escucha...

—¡Ya ha escuchado suficiente! —grita ella, encolerizada—. Ahora lárgate.

Oye a Óscar suspirar; después, apenas dos pasos que preceden a la puerta abrirse y cerrarse. Antara se lleva las manos a la cara y se deja caer hasta el suelo, justo en el momento en el que su padre llega corriendo y la mira, entre confuso, contenido y sorprendido.

—Si ayuda más que corra tras sus pasos y le arranque la cabeza, sólo dilo.

Pero ella no dice nada y su silencio es tan elocuente como una muda súplica por que se quede a su lado. Su padre la abraza y le cubre la cabeza de besos.

Dormir un rato le ha sentado bien. Está más tranquila y serena. Su nueva situación tiene, al menos, un punto positivo: su padre acaba de dejarla frente a la pequeña librería de Mina y esta vez, no ha mostrado el menor signo de disconformidad. Pocos son los que entienden —o entendían— que pasase tantas horas allí dentro con una mujer tan problemática y mal afamada como Mina. Las discusiones con su propio padre o con Óscar eran una constante para Antara, así como también con sus amigas, pues casi parecía escandalizarlas el hecho de que ella prefiriese pasar las horas en aquella desvencijada librería con una vieja alcohólica antes que irse de tiendas con ellas.

Pero hoy no ha habido discusiones ni voces contrarias.

Cuando el motor del coche de su padre se prende para alejarse, Antara extiende el brazo, de forma instintiva y acaricia con la punta de los dedos el cristal del escaparate, donde se exhiben los mismos viejos libros desde hace tiempo. Ahora no puede verlos pero sonrío pensando que, probablemente, Mina no los ha cambiado aún.

La lluvia descarga con fuerza y repiquetea sobre las irregulares calles, entre las canaletas y también sobre su propio paraguas. De pronto parece oírla más alta de lo que lo había hecho jamás; quizás sea porque nunca le había concedido especial importancia al sonido de la lluvia. Ahora, sin embargo, el sonido y el olor son todo cuanto tiene. También el tacto, que percibe el agua fría cuando extiende su brazo, sacándolo fuera de la

protección de su paraguas.

A tientas, avanza un par de pasos a su izquierda y empuja la puerta, que emite el habitual ruidillo de la campanilla que cuelga sobre ella, avisando a la vieja librera de la llegada de algún cliente. Antara cierra el paraguas y se deleita en el olor a leña quemada. El calorcillo es siempre una gratificante sensación que la abraza al entrar, como también lo hace la áspera pero entrañable voz de Mina.

—¡Antara! —exclama, emocionada.

Escucha sus pasos arrastrándose por el suelo de madera y acercándose a ella para fundirse ambas en un cálido y sincero abrazo. Mina se ha interesado por su estado con asiduidad pero aún no habían tenido ocasión de verse, ya que el padre y la madrastra de Antara la invitaron a abandonar el hospital cuando la anciana se había presentado allí de forma inesperada y había terminado por montar un escándalo después de que le prohibieran la entrada. Aquello había supuesto una fuerte discusión entre Antara y su padre pero después de hablar por teléfono, la joven y la librera convinieron en que lo mejor sería esperar a que ella pudiera ir a verla de nuevo.

—¿Cómo has estado, mi niña?

—Bueno... supongo que he estado mejor. Pero me alegro de estar aquí de nuevo.

Las viejas y temblorosas manos de Mina acarician las suaves mejillas de Antara y aun sin verla, ella es capaz de imaginar el rostro emocionado de la anciana.

—Te hemos echado de menos.

Antara alza una ceja. ¿Hemos? Mina está sola allí pero es ya muy mayor y no son pocas las veces que de sus finos labios arrugados brota algún que otro disparate o alguna que otra incongruencia a las que Antara nunca ha concedido mayor importancia. Casi parece positivo que la vieja haya encontrado algún tipo de compañía aunque sea en su imaginación. O quizás se refiera a los libros, de los que en muchas ocasiones suele hablar como si se tratase de pequeños duendecillos que se cuelgan y descuelgan desde las estanterías. A Antara eso le resulta gracioso.

—Vamos, ven, mi niña —continúa diciéndole. La sujeta del brazo con delicadeza y la conduce al interior de la librería—. Tenemos muchas cosas que contarte.

La librería no es sólo un viejo establecimiento donde comprar libros —muchos de los cuales ya ni siquiera pueden encontrarse en otros sitios—, sino también un pequeño y confortable espacio para disfrutar de ellos. A pesar de lo pequeño y viejo que es el local, Mina ha habilitado un par de salas para sentarse a leer o escribir, incluso. Una de ellas está formada por una larga mesa para ocho personas y otra mesa algo más pequeña y redonda, situada al fondo. En total, unas 13 o 14 personas poco sobradas de espacio. La otra sala es la que Mina llama 'la sala especial': un incómodo y antaño señorial sillón que ahora pierde muelles y plumas a partes iguales lo preside. Enfrente, una cálida chimenea ofrece un rincón casi paradisíaco para cobijarse en los días de frío al abrigo del fuego y de un libro. Y es precisamente a esa adonde Mina ha llevado a Antara. La mujer toma asiento en el sillón y la muchacha se arrodilla en el suelo, sobre la mullida alfombra de pelo sintético que hay delante de la chimenea. No se sueltan la mano y la vieja cubre de besos la de Antara.

—¿Cómo has estado tú? —pregunta la muchacha.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. No soy quien ha sufrido un accidente terrible.

—Yo estoy... bien.

—¿Aún no puedes ver?

—No, Mina. Probablemente no volveré a hacerlo.

—No puedes perder la esperanza, cariño.

—Prefiero empezar a aceptar las cosas cuanto antes.

Mina suspira y le echa el aliento en la cara a Antara.

—Has vuelto a beber —le dice ella.

—No, no he vuelto a beber; nunca he dejado de hacerlo. ¡Demonios, no empieces a reñirme!

—Mina...

—Mina, nada. Cada vez son menos las personas que vienen aquí a leer un

buen libro o escribirlo y... estos meses sin ti...

La campanilla de la puerta tintinea de nuevo en la otra sala.

—¡Largo de aquí! —grita Mina—. Ahora estoy ocupada, maldito seas.

De nuevo el sonido y, después, el portazo.

—Quizás no estés poniendo mucho de tu parte para que la gente venga.

—Hoy no me apetece hablar con nadie, sino contigo. Al diablo la gente y sus ganas de venir o no. Tengo casi 80 años y mantengo la tienda abierta por no morirme encerrada entre las cuatro paredes de una solitaria casa, abandonada por el mundo y olvidada por todos. No tengo ninguna necesidad de vender. ¡AL DIABLO CON TODOS! —grita.

Antara sonrío.

—De acuerdo, cálmate ya —le solicita—. He pensado mucho en ti estando en el hospital. Sabía que no te ayudaría mi ausencia y que ni siquiera en honor a mí dejarías aparcada esa condenada botella.

—Me conoces bien —sonrió Mina.

—Acabarás destrozándote el hígado.

—Me da igual.

—No puede darte igual. Una cosa es que te importe un pimiento la gente pero tú... a ti misma debes cuidarte como a nadie más porque a la hora de la verdad, sólo cuentas contigo.

Mina frunce el ceño.

—¿Y esa visión tan pesimista de la gente? ¿Ha pasado algo?

—Bueno...

—¿Sí?

—No te lo creerás...

—Claro que me lo creeré. Tengo casi 80 años y te caerías de espalda si te contase todo lo que he visto a lo largo de mi vida. Vamos, dispara.

—Óscar me ha dejado. Después de seis meses sin saber nada de él, se presenta en mi casa —previa llamada— y me dice que está enredado con

Kristina. ¿Qué te parece?

—Alabado sea el cielo. Por fin te has quitado de encima a ese pelmazo estirado.

—¡Mina! Creí que Óscar te gustaba.

—No, el energúmeno engreído de Óscar te gustaba a ti y sólo en honor a eso, prefería estar callada o con el morro pegado a la botella. Cúlpame ahora. —La mujer se incorpora y camina hasta la pequeña mesa de madera rústica que hay junto a la ventana—. Por mi madre que no me gustaba.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Antara—. No estarás bebiendo, ¿no?

—¿Se me concede la duda de hacer otra cosa? —responde Mina, molesta—. No, no estoy bebiendo. Sólo voy a tomar esa endemoniada pastilla...

Antara trata de avanzar, sujetándose al respaldo del sillón para llegar junto a Mina.

—¿Qué pastilla?

—Bueno, no me he encontrado muy bien en las últimas semanas y... ese imbécil con bata blanca se ha empeñado en que debo tomarlas.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿Qué eres, mi madre?

—Mina...

La anciana suspira y sujeta la mano de Antara.

—Perdona, cariño. No... no me encuentro muy bien.

—Deberías cerrar la librería hoy y descansar.

—Es una buena idea. Iré a recostarme un rato arriba, si no necesitas nada.

—No, me... quedaré un rato aquí, si no te importa y después llamaré a mi padre para que venga a buscarme.

—Sabes que esta es tu casa.

Mina le da un beso en la mejilla a Antara y se aleja despacio hacia el final del pequeño pasillo que hay a la salida de aquella sala. Una angosta escalera conduce a la planta superior, donde Mina tiene un diminuto pisito con apenas lo esencial para vivir. Antara permanece inmóvil apoyada sobre la mesilla, pensativa. La precaria salud de Mina no es ninguna novedad y el hecho de que la anciana se haya decidido a visitar al médico es una clara señal de que la situación ha de haberse agravado en los últimos tiempos.

La saca de sus pensamientos el redundante tintineo de la campanilla y la voz de un hombre.

—¿Hola?

Antara se tensa. Mina ha olvidado cerrar el establecimiento y la muchacha se debate entre quedarse donde está o salir a explicarle a aquel cliente que la propietaria de la librería está indispuesta y que por tanto deberá regresar otro día. En apenas pocos segundos se siente estúpida. Claro que saldrá, explicará lo sucedido y cerrará la puerta para no tener que estar toda la tarde haciendo lo mismo con otros tantos clientes.

Tantea la pared y camina despacio y con su habitual inseguridad hasta la sala principal de la librería.

—Ho... hola —balbucea.

—Hola —responde la voz de un muchacho. Ahora que está allí le parece alguien más joven de lo que creyó inicialmente—. Estoy buscando a Mina.

—Mina no se encuentra muy bien. Tendrás... tendrás que volver otro día.

—Le traía unos libros —responde el chico unos segundos más tarde.

—Tendrás que volver otro día —repite ella—. Se ha marchado.

Antara se sujeta con fuerza al mostrador. Aún no se ha acostumbrado al hecho de no saber qué está haciendo la persona que está con ella, máxime cuando esta es una completa desconocida. La incomoda y le confiere la sensación de no estar controlando lo más mínimo la situación, algo que ella siempre ha necesitado.

El extraño habla de nuevo.

—No puedo volver otro día. Le traigo unos libros y...

—Si no puedes volver otro día, déjaselos aquí. Yo la avisaré de que el

viajante ha venido.

—¿El viajante? —El muchacho sonríe aunque Antara no puede verlo—.
¿Eres su nieta? —le pregunta.

—No, no soy su nieta. Soy su amiga.

El muchacho carraspea y Antara escucha su voz más cerca.

—Como te digo le traigo unos libros pero... si voy a dej rselos aquí, necesito el comprobante de que los ha recibido. No quiero l os después.

—Puedo ir a buscarla si te empecinas pero no se encuentra muy bien y preferiría no tener que hacerlo por algo que tampoco es urgente
—responde Antara, con acritud.

—Oh, nada más lejos de mi intención que molestarla.  Por qué no firmas t ?

—Yo no...

El muchacho toma un bolígrafo que había sobre el mostrador y un papel en blanco.

—Justo aquí... sólo un... garabato.

Sujeta la mano de Antara con cierto temor a su reacción. Ella también se muestra recelosa pero coge el bolígrafo y tantea el papel. Su incomodidad va en aumento ante aquella situación pero trata de sacudirse de la sensación, repitiéndose a sí misma que es algo normal, banal casi; firmar un albarán de entrega y listo.

—Ya está —concluye.

—Millones de gracias.

Antara asiente.

— Qu  diantre pone aquí? Ana...  Anastasia? Anas...

—Antara.

— Te llamas Antara?

—Es el nombre con el que he firmado,  no?

—Si tú lo dices...

—Creo que ya puedes irte.

—Es un nombre muy raro... ¿De dónde viene?

—No creo que eso sea importante.

—De acuerdo, de acuerdo... Sólo pretendía...

—Adiós...

—¿No crees que estás siendo un poco desagradable? —pregunta él, en tono jocoso.

—Te trato como es menester conforme a tu actitud.

—¿Menester? ¿De qué libro te has escapado?

Antara espeta una carcajada, de forma casi inconsciente.

—Quizás tú deberías hacer algo más con los libros que llevarlos de un sitio a otro. ¿Por qué no pruebas a abrir uno y leerlo?

—¿Me estás llamando ignorante?

—Oye, ya tienes lo que querías y creo que te estás poniendo excesivamente pesado.

El joven se percata de que Antara se está poniendo nerviosa; le tiemblan las manos y su teléfono móvil cae al suelo.

—Mierda... —masculla.

Él lo recoge y tras unos pocos segundos, se lo devuelve.

—Aquí lo tienes —le dice. Ella extiende la mano y él lo coloca sobre ella.

—Ponlo a cargar cuando puedas; está al límite. Ah y una última cosa —añade el joven. El hecho de que las campanillas de la puerta suenen, tranquiliza a Antara, que ahora escucha la voz del muchacho algo más alejada. Se va—. Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Antara toma aire para responder pero no lo hace. La puerta se cierra y lo que la sobresalta en aquel momento es la voz de Mina.

—¿Quién diantre era?

—Creí que estabas descansando.

—Volví a escuchar esa maldita campanilla. Voy a arrancarla a mordiscos si alguien no me la quita de ahí.

—Mina, ya hemos hablado de esto. Te ayuda a saber cuándo viene alguien.

—¡Al diablo!

Antara sonrío y niega con la cabeza, mientras distingue los pasos de la anciana caminando hacia la puerta para cerrar la librería.

—Tu viajante te ha traído libros.

—¿Mi viajante?

—Sí, menuda joya. He firmado yo, espero que no te importe.

—No, claro...

—No le había visto antes por aquí. Claro que técnicamente sigo sin haberle visto por aquí....

Mina, que permanecía pensativa, alza la mirada y la observa, sorprendida por el comentario humorístico de Antara respecto a su ceguera.

Mientras ella da media vuelta y tantea la pared de regreso a la acogedora sala de lectura, Mina pega su cara al cristal de la puerta y observa la lluvia caer en la calle. Sonríe y niega con la cabeza. «El viajante», se repite a sí misma.

Capítulo 3

2. Un paso al frente

Antara camina sujeta al brazo de la señorita Shire, la profesora de ciencias. Es la última clase que ha tenido antes del descanso y la mujer se ha ofrecido a acompañarla hasta fuera. Lo hacen a paso lento y tranquilo y aunque la maestra le da conversación para hacer más liviano el paseo, Antara siente todos y cada uno de sus músculos engarrotados.

El día está siendo extraño y largo. El regreso al instituto. Ha perdido el curso y sabe que el próximo año deberá repetir, algo que en ese momento no se le hace particularmente preocupante. Escucha murmullos a su paso y no puede evitar pensar que todo el mundo habla de ella: algunos se compadecen; otros, simplemente comentan la jugada. Es el día a día en el instituto; siempre lo ha sido, aunque ella no está acostumbrada a ser el centro de esas habladurías por otras circunstancias que no sean las referentes a la admiración que causaba en todas aquellas personas que la veían como la chica perfecta o que la envidiaban. Ahora no puede evitar pensar que no es capaz de generar un comentario positivo, más allá del que le han repetido los profesores a su regreso: que es una chica muy valiente. A Antara se le hace curioso sentirse tan contraria a todo aquello que le plantean: ¿afortunada? ¿valiente? Se siente el ser más desdichado de la Tierra y también debe admitir que en ese momento está aterrada.

—Bueno, Antara —le dice la señorita Shire—. Tengo que dejarte aquí porque debo corregir algunos exámenes durante estos treinta minutos. —La mujer la ayuda a sentarse—. Estás justo al lado de la puerta de entrada al gimnasio, por lo que si necesitas algo, el interfono está a tu derecha.

Antara se limita a asentir.

—¿Estás segura que no quieres que te lleve con tus amigos?

—Estoy bien aquí, gracias. Necesito estar sola un rato.

—De acuerdo. Ya sabes, oirás el timbre dentro de treinta minutos, de modo que si no me llamas antes, vendré a buscarte transcurrido ese tiempo, ¿de acuerdo?

—Vale.

Cuando escucha los pasos de la mujer alejarse, Antara debe contener las ganas de llorar. Ella, que no lograba quedarse sola jamás a la hora de los

descansos, está ahora sentada en un rincón, tratando de apartarse del mundo y sin que nadie parezca echarla de menos en exceso. Imagina las miradas sobre ella, los murmullos de soslayo y aunque trata de arrancarse las paranoias de la cabeza, no lo consigue. De forma instintiva se lleva la mano al teléfono móvil que guarda en su bolsillo cuando escucha varios pasos acercarse. No tiene ni la más remota idea de quiénes son y eso, que lleva sufriendo toda la mañana desde su regreso, la sume en una desconcertante inquietud.

—Hola, Antara.

Es la voz de Kristina y escucharla, le hace subir algo por el estómago que la obliga, de algún modo, ponerse en pie. Traga saliva y no responde, pues aún no ha identificado a quien le acompaña. ¿Es posible que se trate de Óscar? ¿Serían capaces su mejor amiga hasta hace poco y su exnovio de prepararle semejante acto de bienvenida?

—Hola.

—¿Cómo estás?

Las voces de Shaila y Nicole le devuelven algo similar a tranquilidad. Ellas sí la han visitado en el hospital en alguna que otra ocasión, al igual que la propia Kristina, que sin embargo, había omitido ciertos aspectos que Antara hubiera agradecido conocer, aunque ninguna de ellas se dejó caer por allí con la suficiente asiduidad como para poder llamarlas 'amigas', algo que, sin embargo, siempre había hecho. El accidente ha envuelto a Antara en una angustiosa oscuridad pero al mismo tiempo le ha concedido una paradójica luz en algunos aspectos de su vida a los que, probablemente no había concedido la importancia que merecían. Las superficiales Shaila, Nicole y Kristina eran sus mejores amigas y Antara nunca había mostrado la menor preocupación ante el hecho de que lo más profundo que hubiera llevado a cabo con ellas fuese ir de compras. Estaban ahí cuando se las llamaba para pasarlo bien o para criticar a quien fuese necesario, de modo que ¿por qué pedirles más? Lo mismo sucedía con Óscar: lo pasaban bien cuando salían de fiesta o a pasear; se gustaban y no se preocupaban demasiado del mañana. ¿Podía calificarse realmente eso de amor? Ella hubiera jurado que sí, al menos por su parte pero el amor es cosa de dos.

—No te hemos visto desde que has llegado... —observa Nicole—. ¿Cómo estás?

—Bien... dentro de lo que cabe —responde Antara, incómoda. Las conoce demasiado bien como para no pensar que en ese justo momento han de estar dedicándole una de esas miradas, mezcla entre superioridad y

lástima.

—Anti, es una pena lo que te ha ocurrido —añade Shaila, acercándose a ella y abrazándola.

Antara responde con frialdad. Sabe perfectamente que no es sentido.

—Sí que es una lástima —repite Nicole—. Esta tarde queríamos ir de compras. Puedes... acompañarnos, si quieres.

—Nicole, no seas idiota —espetea Shaila—. Si no va a poder ver nada. ¿Qué pretendes que haga, sentarse a esperar mientras nos probamos ropa? No sería correcto.

—Bueno, lo importante es que salga un poco y le dé el aire y todo eso, ¿no? Tal vez así recuperes antes la visión.

—Chicas, por favor —interviene Kristina—. Me gustaría hablar a solas con ella, de modo que...

—No tengo nada que hablar contigo —interrumpe Antara—. Tu chico me lo ha dejado todo muy claro.

—Antara, tienes que escucharme.

—No quiero escucharte —grita—. No quiero escucharos a ninguna de las tres. Por mí, podéis iros todas al diablo.

—¿Cómo? —exclama Shaila.

—¿Puede saberse qué diantre te pasa? —añade Nicole.

—Antara...

—¡Kristina!

La voz de Óscar le pone la guinda a una situación de lo más desagradable.

—¿Qué estáis haciendo? —exclama él mientras se acerca.

—Sólo quería hablar con ella. También merece una explicación por mi parte y...

—¿Estás bien? —pregunta Óscar.

Antara se pregunta por un segundo si se está dirigiendo a ella pero no responde. Extiende los brazos y camina hacia delante, topando con

alguien. Óscar, a juzgar por su estatura. Lo aparta con un suave empujón y sigue avanzando a tientas.

—Antara —insiste él, siguiéndola.

Ella no responde y continúa alejándose.

—Deja que te acompañe, por favor.

—Lárgate.

—No puedes ir sola en este estado.

—¿Qué estado? —grita ella, furibunda. Se ha detenido y se encara hacia la dirección desde la que le llega la voz de Óscar—. Estoy ciega; no moribunda.

Continúa caminando y tropieza. Óscar trata de ayudarla pero ella se zafa con un movimiento brusco y sigue avanzando con el perímetro del edificio como única referencia. Empieza a sollozar y a sentir que su agobio va en aumento. Por un momento se detiene y se apoya en la pared, tratando de respirar. Detesta no saber, si quiera, si está sola; si alguien la ha seguido o la está mirando, de modo que se deja caer con la espalda pegada a la rugosa tapia del instituto y extrae el teléfono móvil de su bolsillo. Desbloquea la pantalla y lleva a cabo los movimientos automáticos para llamar a su padre: contactos y el primero de ellos. Cuando el teléfono se descuelga, la voluntad de Antara por no preocupar a su progenitor se derrumba y da rienda suelta a su llanto.

—¡Ven a buscarme y sácame de aquí. No soporto estar en el instituto ni un minuto más. ¡Ven a buscarme ahora, por favor!

Lo lanza con todas sus fuerzas y, hecha aun ovillo, entierra su cara entre sus rodillas. La lluvia empieza a descargar con más fuerza en ese momento pero ella continúa sin moverse de allí; ni siquiera cuando escucha los gritos de Óscar y Kristina llamándola a lo lejos. Sólo puede cerrar los ojos y esperar a que su padre llegue antes de que la encuentren porque sabe que no soportará más aquella situación. Está temblando y no es sólo por el frío. Un rincón de sí misma lamenta estar decepcionando a su padre, pues le ha prometido retomar los estudios y tratar de normalizar las cosas lo antes posible. También él lo ha pasado muy mal con el accidente pero en aquel momento sólo siente que quiere dejarlo todo, olvidarse de sus sueños y metas y limitarse, simplemente a sobrevivir.

Las voces de Óscar y Kristina se escuchan cada vez más cerca, de modo que Antara se pone en pie, sujeta su mochila y avanza penosamente, con los brazos extendidos y dejando atrás la referencia del edificio. No tiene claro dónde está ni, por tanto, lo que tiene delante pero apresura el paso

cuando sigue oyendo las voces acercarse y, de pronto, resbala al pisar tierra mojada y acaba golpeándose en un suelo duro. Siente la rodilla dolorida y los brazos arañados pero de nuevo vuelve a encogerse y a llorar.

Ha perdido la noción del tiempo pero no debe haber transcurrido más de media hora; o eso cree. Envuelta en un tumultuoso océano de pensamientos, la sorprende la llegada de Óscar y Kristina.

—¡Antara! —grita Kristina.

Ella se incorpora pero alguien —Óscar— le cierra el paso, sujetándola por los brazos con fuerza.

—Antara, ya basta.

—Suéltame —grita ella.

—Antara, cálmate, por favor —interviene también Nicole.

—Dios mío... —La voz de Shaila suena algo más apartada.

—Estás empapada, Antara —vuelve a decir Kristina—. Tranquilízate un poco y...

—Antara... —insiste Óscar, sin dejarla.

De pronto una nueva voz acaba súbitamente con el resto.

—¡Suéltala!

—¿Quién eres tú? —inquire Óscar tras un breve silencio.

—¿Estás bien? —pregunta el recién llegado.

Sujeta a Antara con suavidad por el brazo, después de hacerla recular, apartándola del agarre, más fuerte, de Óscar.

—¿Quién eres? —repite ella.

—Recibí tu llamada... Parecías aterrada y...

—¿Quién eres? —insiste Antara.

Óscar trata de apartarlo de allí pero él se zafa bruscamente y le dedica al exnovio de la joven una mirada de advertencia.

—Soy... soy el viajante.

—¿Cómo? —exclama ella, sorprendida.

Los cruces de miradas entre Nicole y Shaila, que se cobijan bajo un mismo paraguas, son mudas preguntas sobre lo que está sucediendo.

—¿Recuerdas? —insiste el muchacho—. La librería de Mina. Me firmaste.

—Yo no te he llamado... Yo he llamado a mi padre.

—Suéltala ahora mismo —insiste Óscar.

El muchacho baja la cabeza sin apartar su atención de Antara, tratando de ignorar a Óscar.

—Es culpa mía —le dice—. Fui un inconsciente. Grabé mi número de teléfono en tu móvil; supongo que desplazé la posición de tu padre entre tus contactos. En aquel momento no lo pensé. Lo siento.

La lluvia sigue calando a Antara y a todos los demás en lo que a ella le parece una surrealista situación.

—¿Por qué hiciste eso?

—No lo sé, supongo... que quería que pudieras localizarme. Una idiotez.

Antara sopesa la situación y aunque a ella misma le parece una total locura, acaba por decidir.

—Sácame de aquí, por favor.

El recién llegado asiente.

—Claro.

—No vas a llevártela a ninguna parte —insiste Óscar, sujetando de nuevo al muchacho.

—Si vuelves a ponerme una mano encima, te arrepentirás.

La advertencia es tan vívida que nadie allí se atreve a abrir la boca. El muchacho toma de la mano a Antara y ella da un traspié al avanzar, pues sea donde sea que se encuentran, el lugar es un auténtico barrizal.

—Sé que no tienes motivos para hacerlo —dice el muchacho— pero si confías mínimamente en mí saldremos antes de aquí.

Antara no sabe a qué se refiere pero se siente tan bloqueada que sólo acierta a asentir. Es entonces cuando percibe las manos de aquel joven, una en la parte trasera de su cintura y la otra, bajo sus rodillas, en la parte posterior. La toma en brazos con delicadeza y camina con determinación.

—Lo siento —le repite él—. Fue una idiotez lo que hice en tu teléfono móvil y ni siquiera pensé que no podrías contactar con tu padre si... Lo siento.

—Está bien —responde ella—. Pensándolo fríamente lo último que necesito ahora es hablar con mi padre.

—¿Dónde quieres que te lleve entonces?

—No lo sé... A cualquier parte.

No miente. Lo único que desea es perderse; no importa dónde; ni siquiera con quién.

El muchacho la mira sorprendido pero no dice nada. En pocos minutos han llegado a su coche y, después de abrirle la portezuela, la ayuda a entrar, haciendo él lo mismo en el asiento del conductor. Le dedica una última mirada a Antara y prende el contacto, alejándose de allí.

Llevan ya un buen rato detenidos en el interior del vehículo mientras la lluvia sigue golpeando con fuerza en los cristales. Ninguno de los dos ha dicho nada y, por curioso que a ella misma le parezca, no se siente tan incómoda. Supone que el hecho de no verse ante un mundo demasiado grande, influye. Está en un coche y sólo hay una persona con ella; o eso

cree.

—Debo parecerle una chiflada.

Él la mira durante un largo rato antes de responder.

—Bueno, yo debo parecerle a ti un psicópata, de modo que estamos en paz.

—No tanto como un psicópata pero lo del móvil... sigo sin verle mucho sentido.

—Supongo que es porque no lo tiene. La ilusión de que tuvieras mi número... chiquilladas.

—¿Ilusión por que yo tuviese tu número?

—Sí —responde él y Antara detecta cierta nostalgia en su voz.

El silencio se alza de nuevo entre los dos hasta que ella lo rompe otra vez:

—Mi madre se llamaba Ann y mi abuela se llamaba Tara. Por eso a mí me pusieron Antara. Un nombre raro...

—Tiene mucho sentido —responde él, sorprendido. En la librería hizo alusión al extraño nombre de la joven y, de pronto, tras la explicación de la muchacha, todo cobra un sentido mucho más sencillo y natural—. A mí puedes llamarme 'viajante' —añade.

Ella sonríe.

—¿Qué te pasó? —pregunta él después—. En el instituto. Parecías tan asustada...

Antara tarda en responder; duda sobre la necesidad de abrir su corazón a un extraño pero al mismo tiempo siente que necesita desahogarse con alguien. ¿Quién mejor que aquel al que probablemente no volverá a ver más?

—Hace ocho meses sufrí un accidente y... perdí la vista. Desde entonces, poner un pie fuera de mi casa me parece algo aterrador. Todo es enorme y siento como si cada paso me situase frente a un enorme abismo, como si estuviera sola en la inmensidad. Hoy ha sido el primer día en el instituto después de todo eso y... lo he intentado pero no puedo. No quiero volver allí...

—Imagino que no ha de ser fácil pero el camino será más sencillo la próxima vez, y más aún la siguiente. Sólo tienes que apoyarte en los amigos, en los de verdad, y en la gente que te quiere; no intentes hacerlo sola porque la independencia es algo que irás ganando con el tiempo. Poco a poco.

—Mis amigas son tres harpías superficiales que me dan de lado porque no puedo escoger qué falda les queda mejor. No las veo pero desprenden lástima cada vez que se me acercan. No lo soporto. Eso es todo lo que puedo calificar como 'amigo'. Y en cuanto a mi familia... no dejan de repetirme lo afortunada que soy por estar viva. Y no saben, tampoco, lo lejos que me siento de ser afortunada.

—Ese el comentario más injusto que he escuchado en mucho tiempo.

Antara yergue un poco la cabeza y él sigue hablando:

—Mi padre murió hace casi dos años. Era la vitalidad hecha persona, un soñador; ni siquiera en sus últimos días dejó de sonreír, de bromear y de esperar un milagro en él, algo que le salvase, algo que los médicos no supieran explicar. Pero no ocurrió nada. Murió y sé que a día de hoy daría cualquier cosa, si pudiera, por estar vivo. A ti se te concede esa segunda oportunidad y te lamentas por ello.

—Siento mucho lo de tu padre pero también estoy cansada de justificarme ante el mundo por decir cómo me siento.

—No debes justificarte por eso. Todo el mundo tiene derecho a caerse pero no hagas del suelo un destino definitivo porque la gente camina sobre él y si tú estás ahí, te pisan. Sólo tienes que aprender a gestionar tu nueva situación, procesarla con calma y seguir adelante. Sin miedo siempre y un paso al frente. Ese era el lema de mi padre; mi lema ahora.

Ella guarda silencio durante unos segundos, asombrada por la carga de energía que consiguen transmitirle las palabras de un extraño.

—No es tan fácil... —responde, sin embargo.

—Seguro que no. Pero puedes hacerlo. Desde abajo, sientes que esas imbéciles a las que has dado un lugar que no les correspondía en tu vida son superiores a ti. Levántate y verás cuan abajo las dejas.

Antara oculta un amago de sonrisa. Él la mira durante unos segundos y ella resopla echando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—Lo que ocurrió en el instituto... —prosigue el joven—, ¿tiene él algo que

ver?

Antara abre los ojos de nuevo.

—¿Cómo?

—El estirado. Llevo dos semanas sin verte con él.

Antara quiere decir algo pero no sabe qué, de modo que espera a que sea él quien continúe hablando.

—Solíais pasear por la zona de la vieja librería. Tú te parabas en el escaparate a observar los repetitivos libros de Mina y él, a regodearse con su propio reflejo en el cristal.

—¿Nos... espiabas?

—Os veía, que es distinto.

—De pronto lo del psicópata empieza a cobrar fuerza —añade Antara, con una risa nerviosa. Bromea pero la observación del muchacho la ha dejado fuera de combate porque eso puede significar que ella ha debido cruzarse con él en alguna ocasión y quizás, ni siquiera haya reparado en aquel desconocido que, al menos hoy, se ha convertido en su salvador.

—Me ha dejado —le explica Antara. Aún no tiene muy claro por qué—. No vino a verme ni un solo día en el hospital y cuando lo hace, en mi casa, es para decirme que se ha enredado con mi mejor amiga y que se acabó, que no puede seguir conmigo.

—Me alegro.

—¿Cómo?

—Ese imbécil es un engreído que sólo se preocupa de la imagen que proyecta. Es increíble que caminando de tu mano, fuese capaz de fijarse en algo que no fueses tú. Y si cuando tienes un accidente que puede costarte la vida, no sale corriendo a tu lado para no separarse de ti ni un jodido minuto, es que simplemente no te merece.

Antara le escucha, entre sorprendida y emocionada. Las lágrimas empiezan a trazar silenciosas líneas en sus mejillas.

—No puedo creer que llores por alguien así: vacío, superficial, egocéntrico... A la mierda con él.

—Precisamente porque Óscar es así... vacío, superficial y egocéntrico en muchas ocasiones... No consigo arrancarme sus palabras de la cabeza,

porque no eran nada de eso.

Él la mira con un gesto de visible gravedad, aguardando a que ella le aclare a qué se refiere.

—Dijo que él necesita... esas miradas que lo dicen todo sin decir nada, que hablan estando calladas, que te hacen sentir especial y cómplice de alguien. Yo ya no puedo dárselas a nadie. Y eso no es superficial ni vacío...

—Eso es una auténtica gilipollez.

Antara yergue la cabeza; aún no ha dejado de llorar pero la brusca sentencia del muchacho la sobresalta.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo. Si estás realmente enamorado de una persona no necesitas mirarla a los ojos para decirle nada. Incluso estando en la otra punta del planeta puedes sentirla cómplice y hacerla sentir especial porque esas miradas de verdad, no salen de los ojos, Antara; salen del corazón. Un roce con el dedo, la simple cercanía o la distancia infinita son capaces de transmitirte lo increíble si de verdad estás enamorado. Créeme, sé de lo que hablo.

Antara sonríe. Casi le parece incierto que ese muchacho sea el mismo pesado que estuvo en la librería de Mina, azuzándola para firmar el albarán de entrega de unos libros.

—En serio, te has hecho un favor quitándotelo de encima; aunque haya sido él quien te haya apartado a ti. Ese tío te apagaba.

—¿Me apagaba?

—Sí, hay gente así. Gente que te quita luz; gente tan sombría que te absorbe y hace que no te valores como debes. Ni en sueños deberías haber permitido que se acercase a ti. Pero ahora pasas frente a la librería sin él y... ni tú eres consciente del efecto que causas en la gente.

—Es extraño... Tengo la sensación... Es como si me conocieras. Como si me hubieras visto mil veces y sin embargo yo a ti...

—Tú a mí, ni una —responde con una sonrisa amarga.

—No lo entiendo...

—Es muy fácil: el día en que murió mi padre —le explica él—, me quedé un rato solo en el cementerio, tras el funeral. Sencillo, poca gente y

distendido, como le hubiera gustado a él. En aquel momento sentí tal vacío... tal sensación de soledad... Él era todo lo que tenía. Le pedí a mi padre que me diera un razón para seguir adelante. Y al regresar a casa... aquella fue la primera vez que te vi.

Antara siente que el corazón se le encoge y es incapaz de abrir la boca.

—De la mano de ese idiota —continúa el joven—, sonriendo bajo la lluvia, ejerciendo de sol en aquel día gris mientras él te apremiaba a correr para no mojarse y destrozarse la carísima camisa que llevaba.

—No sé... no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Sé que todo esto te parecerá de locos y que, probablemente estés deseando salir huyendo pero... después de casi dos años convertido en espectador, tengo la oportunidad de hablar contigo y de decirte... que estoy enamorado de ti.

Antara es incapaz de hablar porque, probablemente aquel sea el día más extraño de su vida, aunque con contrastes fuertemente marcados; primero, el infierno en el instituto y ahora... ¿puede calificar de cielo lo que está viviendo ahora? No lo sabe pero percibir el sentimiento con el que ese muchacho al que ni siquiera conoce habla de ella no puede más que emocionarla. Sin embargo, Antara es incapaz de desasirse de esa armadura de recelo que la cubre desde que despertase del accidente.

La interrumpe en sus pensamientos la portezuela del coche al abrirse. La lluvia sigue cayendo ahí fuera, está segura pero eso no parece impedimento para aquel extraño joven, que también abre la de ella.

—Vamos, ven —le dice.

—Está lloviendo —responde ella, confusa.

—Sí pero puedes estar tranquila; mi camisa no es tan cara.

Antara sonríe y busca la mano de él, que la sujeta, ayudándola a bajar del vehículo.

—¿Adónde vamos? —pregunta ella.

El muchacho la suelta y después, ella escucha su voz algo más lejos.

—Vamos, un paso al frente, señorita —le grita.

—¿Qué es exactamente lo que pretendes? —pregunta ella, sin moverse de

su sitio.

—Enseñarte que caminar hacia adelante cuando no sabes qué te deparará el siguiente paso, no sólo no es tan malo, sino que suele deparar algo bueno.

—Estás como una regadera —observa ella, divertida.

—Empiezas a conocerme. ¡Vamos, ven!

Ella duda pero acaba extendiendo los brazos y avanzando despacio, dubitativa.

—Con más decisión.

—Eso es muy fácil de decir; ni siquiera sé dónde estoy.

—Tienes razón.

Él vuelve a correr hacia ella.

—¿Me permites? —le pregunta, mientras echa mano al foulard que ella lleva en el cuello.

Antara se lo quita sin preguntar nada. A pesar de lo loco de la situación, no puede negar que le divierten y le llaman la atención las ocurrencias de aquel extraño.

—De acuerdo —concluye él. Toma las manos de Antara y las posa sobre sus ojos para que ella pueda comprobar que los tiene vendados—. Ahora estamos los dos igual.

—Tú puedes quitártelo en cualquier momento.

El muchacho le da la espalda sin dejar de sujetar las manos de Antara, ascendiéndolas después hasta sus ojos.

—¿Me das luz verde para una osadía?

Ella sonríe.

—¿Qué quieres?

Pero sin responder él la sujeta por los muslos y la carga a sus espaldas. Instintivamente ella emite un grito y se sujeta al cuello de él.

—Loco es poco. Estás fatal —añade Antara, divertida.

—Agárrate fuerte —responde él, sonriendo.

Arranca a correr, propiciando que ella se aferre con más fuerza y empiece a gritar mientras ríe. Cierra los ojos en un acto reflejo y hunde su cara en el cuello del muchacho, que acaba tropezando y haciendo que los dos caigan al suelo.

—¿Estás bien? —le pregunta a ella, rápidamente.

Antara sigue tendida en el suelo, riéndose. El barro cubre buena parte de su cara, pelo y ropa pero nada de eso le importa porque es la primera vez desde que dio inicio su infierno en la que logra sonreír, divertirse y olvidar.

—Lo siento —insiste él.

Antara se incorpora aunque sigue sentada en la hierba.

—Estás loco.

—Lo siento —repite.

—No dejas de disculparte, viajante. ¿Qué sacas de positivo en este paso al frente?

Él se aparta el barro que también ensucia su cara con el antebrazo.

—Escucharte reír. ¿Te parece poco?

Antara borra la sonrisa de sus labios pero no por algo que la haya disgustado, sino al contrario.

—¿De dónde has salido? —pregunta.

—Del reino de las sombras, supongo —responde él.

—De acuerdo —concluye ella. Se incorpora de nuevo y, sin más demora, arranca a correr ante la mirada atenta de él, que se levanta como un resorte.

—¡Antara! —grita—. Ten cuidado.

Sale corriendo detrás de ella y llega justo a tiempo de sujetarla por la cintura y detenerla. La hierba está mojada y ambos resbalan. Ella se aferra a él instintivamente y aunque la alerta en la voz del muchacho la ha refrenado, la sonrisa sigue trazada en sus labios. Él está tendido en la

hierba, sosteniéndose sobre su codo y con los brazos de Antara rodeándole el cuello. Ella está sentada a la espalda de él. Ambos frente al abismo.

—¿Qué pasa? —pregunta la muchacha con la respiración acelerada por la carrera.

—Estamos en La Garganta del Pastor. ¿Conoces el sitio?

La gravedad se instala en el rostro de Antara, que asiente de forma apenas perceptible.

—Pues ibas derecha...

—Vale, ¿Me destacas lo positivo de este paso adelante? ¿Una caída de más de trescientos metros, por ejemplo?

—Me estás abrazando —murmura él.

Antara repara en ese detalle justo cuando él se lo dice y, tímidamente aparta sus manos, apoyándolas en el suelo. Él, por su parte, se arrodilla frente a ella.

—Unos pocos metros más y el paso al frente me hubiera matado.

—A veces un paso al frente puede ser definitivo para mal —responde él—. Pero otras veces no lo es y cuando eso ocurre, uno debiera estar agradecido por esa segunda oportunidad. La parte positiva es que un paso al frente puede alejarte de un lugar en el que no quieres estar.

—Tal vez te lleve a otro igual o peor.

—En ese caso, descartas una opción.

—Si estás a tiempo de rectificar...

—Tú lo estás. Aprovéchalo. No lo tires todo por la borda. Lo que te ha tocado vivir es una prueba de fuego, Antara pero esa chica que se comía el mundo caminando con la cabeza bien alta y que eclipsaba todo a su alrededor, no puede rendirse ya. El sol no se apaga cuando llega la noche. Sólo brilla de otro modo, desde otro sitio. Como tú.

Antara sonríe y extiende un brazo.

—Acércate.

Él tarda unos segundos en reaccionar ante la inesperada petición de la muchacha pero finalmente lo hace y deja que ella sujete su rostro entre

sus manos. Lleva las palmas hasta la frente y pasea sus dedos entre su pelo mojado. Después, regresa hasta la frente y desciende lentamente paseando con suavidad sobre los ojos, la nariz, la boca.

Él es incapaz de dejar de mirarla, noqueado por el acto de Antara, por la escalofriante sensación de percibir sus manos sobre su piel.

—No sabes cuánto me gustaría poder verte.

Él no dice nada. ¿Qué palabras pueden adornar un momento así? Piensa que lo más fácil es romperlo con cualquier cosa que salga de sus labios, de modo que se limita a seguir embelesado en la belleza de Antara y en el hecho de tenerla enfrente, a escasos centímetros, acariciándolo.

—¿De qué color tienes los ojos? —pregunta ella.

—Azules —responde él; apenas un susurro.

—¿Y el pelo?

—Castaño.

El muchacho le sujeta la mano y se la besa.

—Que sea un apuesto y atractivo caballero... o un horrible y deforme muchacho, ¿implicaría algo distinto?

Antara sonríe.

—No. No cambiaría lo que estoy sintiendo.

—¿Y qué estás sintiendo?

El muchacho le aparta un mechón de pelo y ella puede percibir su respiración más cerca de su cara. La lluvia ha aflojado algo pero sigue cayendo de forma persistente sobre sus cabezas. Hace rato que están calados.

—Lo único que sé es que desde el accidente no me había sentido tan bien con alguien... Ni antes del accidente tampoco.

—¿Te gustaría verme? —vuelve a preguntar él mientras entrelaza sus dedos con los de ella.

Antara asiente.

—Deseo concedido... pero con una condición.

Ella alza una ceja, divertida.

—¿Qué locura se te ha ocurrido ahora, viajante?

—¿Hay trato o no?

La joven hace más amplia su sonrisa.

—De acuerdo. Llevo toda la tarde accediendo a tus locuras y, lo cierto es que no puedo quejarme.

—Una sonrisa. Es lo único que te pido a cambio. Y te juro que soñarás conmigo.

Antara suspira y hace una mueca burlona, como si forzase una risa más amplia.

—No —se queja él, bajando la cabeza y riendo—; una sonrisa de verdad.

Acuciada por las alocadas ocurrencias del muchacho, Antara esboza otra de esas sonrisas que ya creía olvidadas para siempre y que con tanta facilidad le brotan de los labios esa tarde.

—¿Así? —pregunta ante el silencio de él.

—Te juro que me falta el aire cada vez que lo haces —susurra el joven. Pasea sus dedos sobre los labios de Antara, que siente escalofríos ya ante la sola cercanía de aquel desconocido con el que está experimentando unas sensaciones indescriptibles—. Es mágico verte sonreír.

Ella guarda un largo y emocionado silencio. Por momentos es incapaz de dejar de preguntarse cómo alguien que no la conoce de nada más que de verla en la distancia, puede generar tales sensaciones en ella, que ve multiplicadas las cosquillas en el estómago con cada una de las palabras de aquel joven.

—Ahora yo debería reclamar mi parte... —murmura.

Sonríe de nuevo pero sus ojos están ahora inundándose y no tiene nada que ver con la lluvia. El muchacho se acerca a ella, apenas a unos pocos centímetros.

—¿Me permites una última osadía? —le pregunta.

Ella asiente, sin más y los labios de él se posan sobre los de ella. Antara sujeta el rostro del muchacho y confiere intensidad al beso, aferrándose

más a él. Le dan rienda suelta a ese sentimiento alocado que encuentra en el contacto entre sus cuerpos el oasis necesario para estallar sin dar cabida a los prejuicios ni a las explicaciones. En aquel momento, sobra la lógica, la cautela e incluso la corrección; sólo hay cabida para los anhelos más silenciados y la más absoluta libertad.

—¿No es un poco pretencioso decir que voy a soñar contigo por que me beses? —susurra ella, a escasos centímetros aún de él.

El joven vuelve a besarla.

—Te quiero —responde, sin apartar por completo sus labios de los de ella.

Ahora es ella quien vuelve a besarlo y después se aparta un poco más.

—¿Cómo puedes...? Puede que tú te hubieras fijado en mí antes pero... ¿cuánto tiempo llevamos juntos hoy?

—Casi dos horas. Hagamos una cosa —solicita, incorporándose. Después la ayuda a ella a ponerse en pie y coloca las manos de la joven sobre su nuca, tal y como estaban. Las de él se deslizan hacia su cintura—. Jugemos al juego de la exageración.

—¿El juego de la exageración?

—Tal y como tú dices, nos conocemos desde hace un par de horas, algo más si contamos el encuentro del otro día en la librería. Lo correcto sería que yo te hablase con mera cordialidad, que me quedase en un 'me gustas' o en un 'me he fijado en ti', que te hable con cautela. Pero el alma me pide gritarte que te quiero, que estoy enamorado de ti, que deseo pasar cada día de mi vida contigo y ser todo aquello que sientas que te falta. Y quiero hacerlo sin que te sientas aterrada por ello y salgas corriendo de aquí; sin que me tomes por un maldito chiflado. Así que... digamos que estoy exagerando.

—Tienes razón en que estoy aterrada. Aterrada con lo que puedes hacerme sentir, tú, a quien ni siquiera conozco. Y aterrada ante la posibilidad de despertar y comprobar que se trata de un sueño.

—¿Qué tienen de malo los sueños? —le pregunta él, antes de besarla de nuevo; algo más corto y rápido.

—Que duran mientras duermes y desaparecen al despertar.

Ahora es ella quien le devuelve el beso a él, del mismo modo, fugaz pero

intenso.

—Sí aquellos que sirven para reparar el cansancio pero no aquellos que son anhelos. Esos están siempre ahí, duermas o despiertes. Esos sueños son eternos mientras luches por ellos. Y yo no voy a dejar de luchar por ti. Nunca.

Antara se lleva una mano a la frente. Casi se siente mareada. ¿Cómo puede existir alguien así? —se pregunta una y otra vez, convenciéndose a sí misma de que aquel joven que el destino ha puesto en su vida es un ángel.

—Ojalá te hubieras atrevido con ese paso al frente mucho antes.

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar.

—Las cosas pasan cuando propiciamos que pasen.

—Tienes razón.

Antara le besa de nuevo. Los instantes en los que sus labios no se tocan son dolorosos chispazos que generan una incontenible necesidad de más. ¿Cómo puede llegar a desear así los besos de un chico que existe en su vida desde hace dos horas? Nunca ha sido alguien de líos fáciles o despreocupados. Busca mucho más en una relación y ese 'mucho más' lo ve colmado en aquel extraño al que imagina de mil modos diferentes. Lucha por dejar de hacerlo pero su mente es un bombardeo constante de preguntas sin respuesta a las que cubre, posteriormente, un tupido velo de aceptación: ¿qué importan los porqués, las razones o los motivos si lo que está viviendo le devuelve la ilusión, la vida?

—Deberíamos irnos —murmura él—. Vas a coger un buen resfriado.

—Sería culpa tuya —responde ella, sonriendo.

—No me lo perdonaría jamás.

—No quiero ir a casa —añade la muchacha tras un largo silencio—. ¿Vives con tu madre?

—No... vivía con mi padre hasta que él murió. Ahora vivo solo.

—¿Podríamos ir... a tu casa? Lo último que necesito ahora es llegar a la mía y empezar a dar explicaciones. No quiero hacerlo. Ni quiero separarme de ti; es como si en cada momento tuvieras en los labios las palabras exactas para hacerme temblar de pies a cabeza.

—Por supuesto que puedes venir.

Capítulo 4

3. Efímero

El camino se le ha hecho a Antara considerablemente largo; tal vez por un irrefrenable deseo de no llegar, de eternizar aquella tarde al lado de aquel muchacho. Sin embargo, aún no piensa ponerle final a la magia que está viviendo. No puede calificarlo de otro modo.

El crujido de la cerradura precede al calorcillo que mana desde lo que ha de ser un apartamento situado en pleno centro, tal y como él mismo le ha explicado. Antara siente la mano del muchacho en su cintura y la otra, sujetando la suya propia, invitándola a entrar.

—Tienes un apartamento precioso —le dice.

Él la mira sin decir nada y ella estalla en carcajadas ante su silencio.

—Estaba bromeando, obviamente.

El muchacho la sujeta con suavidad desde su barbilla y la besa.

—Me encanta verte así.

Antara escucha como él deja las llaves sobre algún sitio y después continúa guiándola con cuidado. No sabe por dónde camina pero llega a una habitación más cálida aún y el olor a leña quemada la pone, más o menos en situación. No puede dejar de maravillarse de lo despiertos que están el resto de sentidos de su cuerpo: el oído, el olfato, el tacto...

—¿Hay una chimenea? —pregunta.

—La hay pero está apagada.

—¿Podrías encenderla?

Él la mira, mientras se quita la chaqueta.

—Claro. Aunque había pensado en que quizás te apetecería una ducha caliente. No te quitarás el frío de encima tan fácilmente.

—¿Una ducha, viajante? Vas muy rápido, ¿no?

Él sonrío.

—No me refería a juntos, para su tranquilidad, señorita.

Antara sonrío y se agacha justo en el lugar desde el que siente el calor irradiar cuando él prende algunos leños en la chimenea. Cierra los ojos y escucha el chisporroteo de la llama, un sonido que la sume siempre en una agradable sensación. Esta se multiplica cuando percibe el cuerpo de su misterioso desconocido sentándose detrás de ella y abrazándola al tiempo que la cubre con una suave manta.

—¿Estás bien? —le susurra al oído.

—Estoy en el cielo.

—¿Eso quiere decir que yo soy un ángel?

—O un dios...

Antara vuelve la cabeza ligeramente y siente los labios de él, besándola con suavidad. Después centra de nuevo su atención en el calor que irradia el fuego. Lo siente abrasándole las mejillas y acentuando una sensación de sueño que genera un debate en ella: ¿debe dejarse arrastrar y afrontar más tarde el temido despertar? Una parte de sí misma desea dormir al lado de él, sentir su respiración sobre su cara, su abrazo en la negrura de la noche transmitiéndole esa sensación de protección que tanto anhela; la otra, quiere aguantar todo lo que le sea posible y vivir cada segundo, cada minuto y cada hora con él, escuchando esas palabras que la impulsan a alzarse por encima de sus circunstancias, oyéndole susurrar y repitiéndole que la ama, que siempre la ha amado; sentir sus besos sobre sus labios.

—Te vas a quedar dormida —le dice él, besándola en la sien.

Aquellas palabras y aquel gesto le recuerdan algo y, de forma inconsciente, decide el camino que desea tomar:

—Lo estoy deseando —responde—. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

Él modifica su expresión y permanece pensativo durante unos pocos segundos antes de volver a hablar:

—¿Cuánto deseas verme?

—Ahora mismo, más que a nada en el mundo.

—¿Seguimos en el juego de las exageraciones?

Antara sonríe.

—No. Es la verdad.

Habla con la voz ligeramente ronca, producto de un sueño que la va venciendo poco a poco. Su respiración se hace pesada y cadenciosa y en unos pocos segundos él sabe que se ha quedado dormida. La besa en la cabeza y la arrulla con cuidado. No se mueve lo más mínimo y permanece pensativo con los ojos fijos en la llama que se bambolea en la chimenea.

Cuando abre los ojos, sonríe. El abrazo del muchacho ni siquiera ha dado el más mínimo lugar a la duda, a ese miedo irracional a despertar sin él. Antara se mueve un poco y lo abraza con fuerza; busca sus labios y los encuentra.

—No he soñado contigo —le susurra.

—Aún no —responde él, con una débil sonrisa.

— Qu  horas es?

—Las diez de la noche. En tu casa estarán preocupados.

Ella cierra los ojos de nuevo. Sabe que él tiene razón pero desea tanto permanecer allí, junto a su desconocido, propiciando que aquel día mágico no termine nunca que no sabe qué decir.

—Más que a nada en el mundo es mucho, Antara.

Ella abre los ojos.

—Tu deseo por verme —le aclara él—.  Por qué es tan grande? Dijiste que nada cambiaría lo que has sentido hoy.

—Y no lo haría —responde, irguiéndose—. Pero... hay... hay quienes nacen siendo ciegos y no pueden hacerse una idea de cómo son las cosas o las personas que les rodean. Yo he perdido la vista a los 17 años y en mi recuerdo conservo muchos rostros: el de mi madre, mi abuela, mi padre, mi madrastra, mi 'medio—hermana',  scar, Nicole, Shaila, Kristina... Mina... pero ahora mismo, el único que prender a una luz en medio de la oscuridad eres tú. Y t  no est s ahí, en esa inagotable sucesión de caras,

algunas de las cuales no me dicen nada. Ahora mismo sólo Mina...

Antara se interrumpe y se echa a reír.

—¿Qué pasa? —pregunta él, sonriendo también.

—Si me viera aquí contigo...

—¿Es necesario hablar ahora de esa vieja chiflada?

—Ella ha sido como una madre para mí.

—Es una buena mujer —observa él— pero ha perdido el norte en muchos aspectos de su vida. Supongo que es normal.

—¿Conoces por qué es así? ¿Por qué bebe y... todas esas cosas?

—Mina era amiga de mi padre desde hace muchísimos años.

—Entiendo...

—Antara... —La sujeta del rostro y pega su frente a la de ella—, ¿existe la posibilidad, por pequeña que sea, de que llegues a sentir por mí, al menos la mitad, de lo que yo siento por ti?

Ella se aparta un poco.

—Puede parecer de locos pero ahora mismo... siento que te necesito en mi vida; que te quiero en ella.

—Entonces... ahora viene lo más difícil —murmura él—. Tengo que irme.

—¿Ahora?

—No, no ahora. Me refiero a que tengo que marcharme... un tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Antara, apartándose algo más.

—No lo sé.

—¿Cómo... cómo que no lo sabes?

—Es un tiempo incierto. No puedo decirte cuánto, pues no depende sólo de mí.

—¿Tienes novia? —pregunta ella, temerosa, tras un largo silencio.

—¡No! —exclama él, casi escandalizado—. Por dios, claro que no. No tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces? ¿Qué es eso que tienes que hacer? ¿No puede esperar?

—No puede esperar.

Antara se pone en pie y él no tarda en emularla. De pronto se siente mareada, confusa, descolocada.

—¿Qué es esto? ¿Un juego? ¿Apostaste con alguien a que lograbas tenerme comiendo de tu mano o algo así?

—¿Cómo puedes estar diciendo eso? Después de la tarde que hemos vivido, ¿cómo eres si quiera capaz de imaginar tal basura?

—¿Y entonces?

Él se acerca y la sujeta de la cara.

—Antara, ya te lo he dicho antes: desde que te vi por primera vez, eres la razón por la que me levanto cada mañana de mi cama y el último pensamiento que me pasa por la mente antes de irme dormir. Siempre. Todos los días de mi vida he soñado con un día como el de hoy; con mil días así.

—¿Volverás?

A esas alturas las lágrimas están surcando de nuevo sus mejillas. Ya hace tiempo que dejaron de escocerle los ojos tras largas horas de llanto; ahora lo que le duele es pecho. Un dolor agudo y casi asfixiante le impide respirar con tranquilidad.

—Eso depende de ti —responde él.

—De mí... si dependiera de mí no te marcharías. No ahora.

—Tengo que hacerlo, Antara. Sólo necesito que confíes en mí. Si tú lo deseas de verdad, volveremos a estar juntos.

—¿No puedes decirme adónde vas?

—No puedo.

Antara se zafa y busca, con las manos, la salida. Topa con una mesa pequeña y después, arrastra una silla pero nada de eso la detiene.

—Antara... —Él la sigue, sosteniéndola cuando tropieza y apartando aquello que puede molestarla en el camino—. Antara, por favor.

—Quiero irme.

Saca el teléfono móvil del bolsillo y se le cae al suelo, producto del nerviosismo. Se agacha en el pasillo y tatea el suelo pero es él quien lo recoge y la ayuda a ponerse en pie, entregárselo.

—Antara... —insiste.

—Necesito... la dirección de este lugar.

—No te vayas así, por favor.

—¡Dame la dirección! —grita ella, bañada en lágrimas de rabia e impotencia. Lo empuja, propiciando que la espalda de él tope contra la pared del pasillo.

—Avenida del Paralelo, a la altura del 70 —responde él, sin moverse.

Antara está temblando pero logra dar con la salida y, a tientas, busca la forma de llegar al ascensor. El muchacho suspira, la sigue y oprime el botón del aparato, sujetándola a ella del brazo. A pesar de la resistencia inicial de la joven, él la coloca contra su pecho y la abraza; le besa la cabeza y ella se derrumba envuelta en llanto.

—Antara —insiste él—. Si de veras deseas que vuelva, lo haré y entonces entenderás mis motivos para hacer esto.

Ella se aparta de nuevo.

—Vete a la mierda.

El sonido del ascensor al llegar la hace introducirse en el habitáculo y allí permanece inmóvil, con la espalda pegada a la pared y la cabeza gacha. Él la mira, desgarrado pero sin añadir nada más, oprime el botón de la planta cero. Al mismo tiempo que el ascensor desciende por el hueco, él corre por la escalera sin hacer ruido. Odia sacar provecho de la situación en la que ella se encuentra pero en aquel momento ha de establecer un orden de prioridades y tiene claro que no la dejará sola en plena noche en una calle que no conoce.

Llega a la planta cero al mismo tiempo que lo hace ella, que sale del ascensor tanteando la pared hasta llegar a la puerta de cristal que da acceso al edificio. La sigue sin decir nada, sin emitir el menor sonido y con un nudo en la garganta que amenaza con no dejarlo respirar. Por un momento se pregunta si está haciendo lo correcto y aunque el estado de

Antara le frena, tiene claro que es un paso que debe dar.

Ella habla con su padre a través de su teléfono móvil, le pide que vaya a buscarla a la dirección que él le indicó y trata de contener las ganas de llorar, estallando después, al colgar. Se agacha en el suelo y el muchacho la observa, recordándola en el mismo estado en el que la encontró al llegar al instituto. Es como si nada de lo vivido aquella tarde hubiera sucedido jamás.

Lleva tanto rato sentada en el sillón que ha dejado de prestarle atención a la segundera que acompasaba el tiempo como si se tratase de la espera de una cruel sentencia. Está acurrucada frente al fuego, sudando prácticamente pero incapaz de moverse. En ella sólo cobran vida las lágrimas que le enrojecen la cara de forma persistente, tratando de expulsar del interior de su corazón cada mínimo sentimiento generado hacia aquel extraño del que ya no queda más que un recuerdo. Hace una semana que se marchó y no ha vuelto a saber nada de él.

Aferra el móvil con la absurda esperanza de que si allí grabó su número, también él grabase el de ella. Por momentos ha pugnado con el impulso de llamarlo, un impulso que se debate con el de borrar su teléfono, único rastro veraz que queda de su existencia. No puede evitar preguntarse si soñó con él, si realmente existió aquella tarde que la elevó a los altares de una nueva felicidad, efímera y mentirosa.

Los pasos que se acercan ni siquiera la inmutan. Sabe que es Mina.

—¿Todavía estás ahí? —le pregunta. En su voz, Antara sabe que la vieja ha vuelto a beber pero en aquel momento todo le parece tan desdichado a su alrededor que no se ve con fuerza de recriminarle con el habitual discurso de que todo puede mejorar cuando se toca fondo.

—¿Quiere alguien utilizar la sala para la lectura? —pregunta Antara, sin moverse.

—No —responde la vieja—. Hoy no ha venido nadie.

La anciana camina penosamente y toma asiento en el viejo taburete que

hay junto a la ventana. Observa a Antara con atención y suspira.

—Dijo que volvería si así lo deseabas, ¿no? ¿Dónde está entonces el problema?

—El problema está en que le creí.

—¿Y por qué iba a haberte mentado?

—Porque sólo buscaba reírse de mí. Porque se lo puse en bandeja y consiguió lo que quería.

—Estás siendo terriblemente injusta con él, muchacha.

—¿Y qué sabrás tú? No tienes ni la menor idea.

—Oh, demonios, ya está bien. Arderé en los infiernos por esto pero no puedo verte así ni un día más. Acabarás muriéndote de la pena.

Antara se yergue y se enjuga las lágrimas. Oye los pasos de Mina moviéndose por la habitación hasta abandonarla pero no le dice nada. La muchacha se incorpora y camina tanteando los escasos muebles que la rodean hasta llegar a la ventana, donde pega la frente. No ve nada pero el frescor del cristal alivia su calor. Apenas unos minutos más tarde, Mina regresa.

—«25 de noviembre de 2014: Después de dar varias vueltas por el hospital, he averiguado que cada día sale a caminar por la zona habilitada para los enfermos de la cuarta planta. Allí hay un pequeño habitáculo con enormes ventanales que permiten la embestida del sol por la mañana. Es uno de los escasos sitios en los que se permite abrir la ventana y allí estaba ella. Sentada. Sola. Ausente. Es la ocasión en la que más he conseguido acercarme y constato que tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida. No importa si pueden ver o no, pero lo único que atisbo en ellos es una tristeza desgarradora. Contengo las ganas de acercarme para tratar de contarle un chiste malo y hacerla reír. No lo lograría, de modo que prefiero sentarme en una sala cercana, en silencio y mirarla».

—¿Qué es eso? —pregunta Antara. Pero Mina continúa, sin responder:

—«26 de noviembre de 2014: Ha tardado más en llegar y por un momento, el miedo a no verla hoy me ha atenazado. Una enfermera la acompañaba y después de mirarme con cara de resignación, ha desaparecido, dejándola allí sentada, con el rostro bañado en lágrimas. Entonces se da la vuelta, hacia la ventana abierta y cierra los ojos, deleitándose en la luz de un sol que me mata de celos. Porque ella lo busca y él la acaricia, le inunda cada rincón de su regia frente, de la grácil curva de su nariz, de su boca entreabierta, su cuello. Abre los ojos y el

verde de su pupila es hipnótico. Me agarro al asiento, refrenando las ganas de besarla y... ¡Dios! Me golpearía la cabeza contra la ventana de no ser por que la asustaría. Estoy aquí con ella, a solas, pudiendo deleitarme en ella y no hago sino maldecirme por todo aquello que no puedo tener. Tengo este momento y ahora mismo, este momento es todo.

Antara sigue llorando pero siente que el origen de esas lágrimas se ha modificado. Guarda silencio, mientras Mina sigue leyendo.

—«27 de noviembre de 2014: No sé exactamente el por qué aunque puedo imaginarlo Hoy sonrío al estrujar entre sus dedos un pequeño muñeco de peluche que emula a un pollito. Es blanco. Un regalo, probablemente aunque no sé de quién. Lo único importante es que mientras la lluvia cae a cántaros en la calle, aquí dentro sigue brillando el sol porque ella está sonriendo. No es una sonrisa abierta pero basta para alejar las malas sensaciones que se respiran en un lugar donde la gente lucha contra sus circunstancias, como lo hace ella misma. Sigo sin entender que lo haga tan sola pero no voy a moverme de su lado hasta el final, aunque ella no vaya a saberlo jamás. Cada vez que llego a casa, lo hago destrozado. Es la única sensación que puede quedarte después de salir de un lugar así pero cerrar los ojos al meterme en la cama y ver su cara es lo único que necesito para recargar energía y tratar de que, de algún modo, ella pueda surtirse de mí la próxima mañana». Y así podría seguir leyéndote hasta el 24 de febrero, fecha, si no me equivoco, en la que te dan el alta. ¿Estaría ahí sentado cada día, dedicándose a mirarte alguien que te espera para reírse de ti? Mientras tú te lamentabas por la ausencia de ese cerdo imbécil al que tenías por novio, un desconocido sin nombre ni rostro te ha velado cada segundo de su vida sin una maldita excepción.

—¿Por qué tienes tú eso? —pregunta Antara.

—Porque el mejor sitio para guardar letras es una librería. No era ningún viajante, preciosa. Su padre tenía en su casa una de las bibliotecas más impresionantes que he visto en mi vida. Tras su muerte, él me trae libros de vez en cuando. Y de un tiempo a esta parte, además de libros, traía siempre la misma pregunta: "¿Cómo se llama?". Nunca le dije tu nombre, por supuesto. Nunca doy información de un cliente a otro.

Antara se echa las manos a la cara.

—Ni siquiera sé su nombre. Cinco horas con él y ni le pregunté cómo se llamaba. Supongo que creí volver a verlo o... qué sé yo.

—Pues desde luego, no seré yo quien te lo diga. Suficiente he hecho, mostrándote parte de sus más profundos sentimientos. Me mataría si lo

supiera, de modo que espero que me guardes el secreto.

—¿Y qué importa, Mina? Se ha ido. Ni sabe cuándo volverá ni si lo hará.

—Vuelves con eso...

—Puede que un día estuviera profundamente enamorado de mí. No lo dudo; no podría dudarlo. Pero la gente se cansa de esperar y cuando idealizas tanto a una persona, la realidad es siempre peor. Puede que le haya ocurrido eso.

—Definiste de 'mágica' las horas que pasaste con él.

—Cinco horas. Mágicas, sí; mágicas para mí.

—La magia es capaz de cosas increíbles.

—Ya...

Mina guarda silencio y le dedica una larga mirada a la joven.

—Ven —concluye al fin—. Acompáñame.

Han dejado atrás el habitual pasillo que conduce hasta las escaleras a través de las que Mina llega hasta su casa, situada en el piso superior. Pero el trayecto deja de hacersele familiar a Antara cuando se desvía hacia la derecha en un punto determinado y la invade un olor extraño, a humedad, como si se tratase de un espacio cerrado por años. El frío también ha arreciado de forma considerable pero Antara no dice nada. Se aferra con más ímpetu a la mano de Mina, que sigue tirando de ella con fuerza y a una velocidad que a la muchacha se le antoja excesiva. Mina siempre ha sido así, nerviosa e incluso acelerada a pesar de la edad que tiene y de los múltiples achaques —cada vez más— que la azotan. Pero ahora parece olvidar que Antara no ve y que, si la muchacha no se equivoca, están en algún tipo de nueva ubicación dentro de la librería.

Mina la empuja para que tome asiento en un taburete polvoriento que, para más inri, cojea. Ella lo hace sin rechistar pero al fin habla:

—¿Dónde estamos?

Su voz resuena como si la habitación fuera una sala amplia o poco amueblada. Antara siente escalofríos. Ahoga un grito cuando un fuerte golpe suena muy cerca de allí.

—Lo siento —se disculpa Mina, mientras sacude con la mano el polvo que ha levantado al dejar caer un voluminoso libro frente a Antara, en la mesa sucia y rota que le queda delante. La vieja le toma las manos y las coloca sobre las tapas.

—¿Qué es esto?

—Es el Libro de los Vínculos.

—Sabes que no puedo leer —responde Antara, molesta. En su día a día ha abordado mil problemas y situaciones pero haber de renunciar a su sueño de ser escritora es algo a lo que todavía no osa enfrentarse, porque eso le supone replantearse su vida por completo. Puede vivir sin aquellas personas que han demostrado no estar a la altura de las circunstancias; puede vivir, incluso, buscando otra forma de estudiar que no la obligue a ir al instituto cada día; puede adaptar mil cosas a su nueva situación pero encajar la renuncia a los libros es algo que en ese momento se le antoja imposible.

—No se trata de leer nada... Las páginas de este libro están en blanco.

—¿Escribir, entonces? Sí, seguro que eso se me da mucho mejor.

Antara hace ademán de incorporarse pero Mina la sujeta de los hombros y la obliga a sentarse de nuevo.

—Mina...

—¿Por qué no escuchas primero? Como te he dicho, este es el Libro de los Vínculos; no es un libro común.

—¿Y qué tiene de particular?

—Que no se escribe con tinta, sino con sentimientos.

—Todo libro se escribe con sentimientos.

Mina niega con la cabeza.

—No me refiero a eso; se escribe con sentimientos literalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Lo entenderás si crees en la magia.

Antara guarda silencio mientras frunce el ceño. Por momentos piensa que Mina está perdiendo la cabeza con cada día que pasa. Es vieja y no está bien; bebe y fuma sin parar y la enorme depresión que arrastra desde hace tiempo y cuyos motivos nunca ha querido revelar le la abocan a un destino aciago si no le pone remedio. Antara siempre ha procurado velar por su salud y azuzarla a visitar al médico pero la mujer siempre se ha mostrado reacia a ello, aunque finalmente, con la ausencia de Antara, parece que ha terminado por acceder. Sin embargo, ahora está allí, explicándole una locura y convencida, además, de su certeza.

—El libro posee, además, otra particularidad.

—¿Cuál? —pregunta Antara con desgana. No está segura de que seguirle el juego a Mina vaya a ser lo mejor para la anciana pero sabe que si empieza a recriminarle cosas o a insinuar que no está bien de la cabeza, la mujer estallará en ira, dará cuatro gritos y se marchará. No quiere ofenderla ni tampoco aguantar el chaparrón, por lo que decide dejarla hablar.

—No puede completarlo un único autor.

—¿Por qué no?

—Porque es el Libro de los Vínculos, muchacha. Vincula de un modo especial a quienes toman parte en su elaboración.

—¿Bromeas?

—¿Te lo parece?

Antara suspira. Se lo parece pero no lo dirá.

—La persona que inicia la historia, elige después un segundo autor, alguien que tome parte junto a él o ella. Y eso supone una gran muestra de confianza. Porque si el elegido o elegida no acepta, el primer autor quedará atrapado para siempre en su propia historia, entre las páginas del libro, en el mundo de la fantasía.

—Fascinante historia —exclama Antara, más por impulso que por consciencia. Al instante se arrepiente pero no lo hace notar—. ¿Y qué puede pasar si ese segundo autor accede? —pregunta, tratando de arreglarlo.

—Como en toda novela, la historia discurre hacia un final que propician sus autores. La cuestión es si ambos desean el mismo desenlace... o no. Remar hacia un fin común es el único modo de regresar de entre las páginas del Libro de los Vínculos.

—¿Y discrepar?¿Qué pasa si cada uno desea un final distinto?

—¿Qué ocurre en una novela cuando el conflicto no se solventa? ¿Cuando no hay un desenlace claro y la trama sigue sin resolverse? La estancia allí puede prolongarse con el peligro añadido de que el Libro no permite continuidad; nada de bilogías o trilogías... El Libro de los Vínculos es único.

—¿Y dices que en caso de que todo salga bien... se crea un vínculo entre esos dos autores?

—Así es. Un vínculo único, especial e indestructible.

Antara permanece en silencio durante unos segundos.

—¿Y por qué me cuentas esto?

Mina se encoge de hombros.

—No lo sé... El caso es que lo sabes.

La mujer se retira tranquilamente, arrastrando sus pasos y dejando a Antara allí, sumida en una maraña de pensamientos. Ni siquiera le solicita ayuda a la anciana para irse con ella. Un vínculo único, especial e indestructible. El tipo de vínculo que le agradaría tener con su desconocido. Suspira, analizándolo todo: en primer lugar, ¿cómo puede estar dándole crédito a las palabras de Mina? Son sólo historias de fantasía, como a las dos les gustaba leer y contar. Sin embargo... Sonríe y extiende el brazo para acariciar las suaves tapas de aquel libro. Recuerda las palabras que el muchacho escribió mientras ella permanecía ingresada en el hospital. Sabe transmitir con cada palabra que escribe, del mismo modo que hace con las que pronuncia y no puede evitar fantasear con la idea de que ambos pudieran forjar una de esas novelas que les uniría para siempre. Pero él no está y, siendo así las cosas, empezarla sólo la abocaría a quedar atrapada para siempre en las páginas en blanco de aquella historia, pues él no podría acceder a tomar parte junto a ella.

Recordar de nuevo la marcha del joven le devuelve la congoja a la que había logrado detener momentáneamente. Después empieza a llorar de nuevo y coloca su cabeza sobre las tapas del libro.

Capítulo 5

4. Dioses de Antara - Capítulo 1: la diosa

Lievanna: «El mundo se acaba. El sol de Llumia ha iniciado su cuenta atrás. Le resta ya poco tiempo y cuando su luz se apague, todo sucumbirá con él. Antes de que eso ocurra, brillará con más fuerza de la que jamás hayan visto nuestros ojos. Después, el extenso manto de agua que cubre nuestro mundo desaparecerá, arrastrando tras de sí toda la vida que albergan mares y océanos; el cielo se desplomará sobre la tierra yerma, bajo los abrasadores brazos del moribundo astro. Los diminutos granos de arena, empujados por el viento, se colarán entre las grietas abiertas en la seca tierra; arañazos desesperados de un mundo en declive. El aire traerá consigo un susurro de desaliento, como el último suspiro de un mundo resignado a su suerte.

Y tras la agonía, la luz del sol se apagará. Llumia quedará sumida en las tinieblas y cuando la luna se pose sobre el lecho seco de lo que antaño fuera el Mar de los Astros, nuestro mundo habrá rubricado su final».

Zornak avanza a través del largo pasillo que conduce al salón principal del templo. Su negra indumentaria contrasta con la blancura de techos, paredes y suelos, convirtiéndole en una mancha en medio de tan inmaculada visión. Gira a mano derecha, sujetando ligeramente su capa y tan pronto como llega a su destino, abre el elevado portón, que cruje en la inmensidad de los techos abovedados. Allí, siete figuras —dos mujeres y cinco hombres— aguardan con una notable gravedad dibujada en sus rostros. La mayoría de ellos lo hacen sentados alrededor de una mesa circular esculpida en mármol con multitud de gravados en su superficie. Un hombre y una mujer esperan de pie.

El recién llegado efectúa una marcada reverencia al llegar, y Lievanna, la anciana que está sentada se incorpora.

—Te estábamos esperando, Zornak —dijo.

—Lamento la demora, mi señora —responde él—. Los caminos están... cortados en muchos tramos y se hizo necesario bordear las Montañas de Niebla.

—¿Cortados? —pregunta Lynae, la otra mujer, que aguarda de pie, mucho más joven. Zornak la reconoce al instante, pues a pesar de esa evidente juventud, gobierna con gran brillantez en las Tierras Vardas, donde cuenta con uno de los ejércitos más poderosos de Llumia—. Creí que os habíais tomado una tregua en vuestras absurdas e interminables guerras. Y sin embargo, seguís minando los caminos.

Aidun y Nial, dos de los hombres que permanecen sentados a la mesa, se dan por aludidos. El primero de ellos, habla:

—La tregua sigue vigente por parte de Evestya —dice.

—También por parte de Alakron —apostilla el segundo—. Mis hombres tienen órdenes de no atacar mientras dure esta Asamblea y hasta que yo regrese.

—Entonces... —murmura de nuevo Lynae.

—Cortados de forma literal —interrumpe Zornak—. No hablo de hombres afinados en los caminos con la intención de emboscar a viajeros o enemigos, sino de tierras que se hunden bajo nuestros pies. Por todos los dioses, ¿qué está pasando?

—También en los Reinos de Nasdar lo hemos notado —interviene Bardot. En pie, su espectral figura contrasta enormemente con el del resto de asistentes a la reunión. Su piel blanquecina se funde con el gris suave de su cabello y sus ojos, de un hipnótico violáceo evidencian lo poco acostumbrados que están a ver la luz solar, pues los násdaros habitan en las profundidades de mares y océanos. Avanza unos pocos pasos y la sensación para todos es la de que el hombre levita de alguna extraña forma—. Continuamente se abren grietas en los lechos marinos y los maremotos están destruyendo buena parte de nuestra fauna y flora. Es un desastre.

—Supongo que en Caelo las cosas deben estar más tranquilas, ¿no? —pregunta Lynae.

—Supones mal —responde Nerum. Sus enormes alas grisáceas se mantienen abiertas a sus espaldas, sobre el respaldo de la silla en la que permanece sentado—. Las Cumbres de Eneya llevan semanas sufriendo aludes y desprendimientos. Desde el aire no sufrimos sus consecuencias de forma directa pero los cambios en nuestra orografía están destruyendo aldeas y reinos. Tampoco somos ajenos a lo que sucede en otros puntos de Llumia.

—Tierra, mar y aire —dice Aidun—. Ninguno de los elementos de Llumia

se está librando del desastre que nos azota.

—Por eso os he reunido —interviene Lievanna por primera vez—. A los cuatro guardianes de los elementos sagrados. Y a vosotros dos —añade, clavando sus ojos en Aidun y Nial—. Responsables de las guerras que desbastan Llumia. Os sugiero que ceséis en ellas para que todos podamos aunar fuerzas en el común fin de salvar nuestro mundo.

Ninguno de los dos dice nada, si bien Aidun observa de soslayo a su enemigo.

Lievanna avanza unos pocos pasos y toma la muñeca de Zornak, apartándolo ligeramente de allí. El tono violáceo en los ojos de la hechicera le sobrecogen y más todavía su serena capacidad para liderar a la hermandad de magos de Llumia cuando, al menos en apariencia, dobla la edad a todos ellos.

—Los demás guardianes ya lo saben —murmura la hechicera, observando de reojo al grupo que ha dejado algo más apartado—. Las visiones de los magos hablan del fin de Llumia. Nuestro sol se extingue... nuestro mundo se acaba.

Zornak es incapaz de articular palabra y es ella quien continúa hablando:

—Hay una forma de intentar salvarlo todo, una forma que pasa por invocar a la diosa. Debemos hallar el modo y después... ella podría crear un nuevo sol.

—Invocar a la diosa suena temerario —exclama él, tratando aún de recuperarse de su impresión.

Ella asiente.

—Existen muchos riesgos en hacerlo pero, en caso contrario, existe una única certeza, Zornak. Por lo pronto y hasta que los magos averigüemos cómo hacerlo, deberéis poner los elementos sagrados a salvo, en otro mundo, pues si Llumia sucumbe, ya no habrá nada que salvar.

—¿En otro mundo?

—Creo que ha llegado el momento de cruzar los mares inciertos y de que Tenebros y Llumia vuelvan a unirse y formar parte de lo que ambos son: Antara.

—Ni siquiera sabemos cuál es la situación allí.

—Entonces habrá que averiguarlo porque lo que tenemos claro es cuál es

la situación aquí.

Zornak traga saliva, angustiado, mientras Lievanna se vuelve de nuevo, sujetando aún la mano del guardián. Ahora les habla a todos:

—Regresad a vuestros reinos, reyes de Evestya y Alakron, y cumplid con aquello que aquí se os ha encomendado.

Nial se pone en pie, desafiante.

—Lo único que se nos ha pedido a... mi ferviente enemigo y a mí es que cesemos en nuestras disputas. Pero no creo que eso sea suficiente para salvar Llumia, de modo que exijo poseer la misma información de la que disponéis vosotros.

—Tú no eres un guardián de los elementos, Nial —le responde Lievanna—. No está en tu mano salvar Llumia pero sí dejar de lastimar a un mundo que ya de por sí agoniza. Es toda la ayuda que podéis prestarnos y te aseguro, rey, que no es poca. Suficiente privilegio supone para vosotros conocer la situación. Ahora marchaos.

Aidun se incorpora también con aire apesadumbrado y sin tan siquiera despedirse, abandona la sala.

Abre los ojos lentamente, sin atreverse, sin embargo, a efectuar el menor movimiento. El cosquilleo del agua fresca le salpica en la cara, sumiéndola en una sensación agradable y reconfortante que, no obstante, no se sobrepone a la incertidumbre por lo que está ocurriendo. Mientras se sienta, Antara se lleva la mano a la sien y vuelve a apartarla impregnada en algo líquido que, con toda seguridad, debe ser sangre. Un escalofrío la recorre de arriba a abajo. Está desnuda y, de forma instintiva, se lleva las manos al pecho al tiempo que cierra las piernas. Traga saliva e intenta recordar lo vivido aquel día: uno más sumida en la pena tras la marcha de aquel extraño que, en apenas cinco horas, había transformado su mundo; tanto como para hacerla olvidar el drama de su ceguera, centrándolo esta vez en el de su propia ausencia. Mina la había llevado a una sala de la librería, una nueva y desconocida para ella y le había hablado del Libro de los Vínculos; después se había marchado y ella había permanecido allí durante un largo rato hasta sucumbir al sueño. ¿Por qué de pronto se

despierta dolorida, magullada y desnuda a las márgenes de un riachuelo?

Puede notar el calor de un sol de justicia golpeándola en la cara, haciéndose asfixiante por momentos.

—¡Mina! —grita.

La voz le sale entrecortada y la garganta le escuece como se se hubiera tragado un puñado de tierra.

—¡Mina! —repite.

Pero la propagación de un eco lejano sólo le devuelve su propia voz en una inmensidad que la asusta. Antara frota sus brazos desnudos y se agazapa lo más que puede en el suelo, luchando por ocultar su desnudez y angustiada por la incertidumbre de no saber si alguien puede estar viéndola. Yergue la cabeza, alarmada al escuchar unas risitas muy cerca de ella.

—¿Quién hay ahí? —pregunta, nerviosa.

Nadie responde pero los murmullos y las risas continúan dándose hasta que las voces de unas mujeres las espantan.

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —grita una de ellas.

—¡Largo, sinvergüenzas! —añade otra—. Aquí no hay nada que ver.

Antara se echa a temblar y trata de incorporarse penosamente. Resbala y vuelve a caer muy cerca del agua pero se mantiene inmóvil cuando deja de oír los gritos y las risas.

—¿Quién hay ahí? —exclama, aterrada.

La ceguera de Antara le impide ver los rostros de visible enfado con el que aquellas mujeres la observan.

—Te parecerá bonito bañarte desnuda aquí —exclama una de ellas—. Podrían verte los hombres de la aldea. ¿O eso es lo que quieres?

—Yo... no sé... no sé cómo he llegado... ¿quién eres?

—Deberíamos darle un escarmiento —interviene una nueva voz—. Enseñarle que hay cosas que no se pueden hacer.

Antara acrecienta su terror cuando oye cómo las mujeres se acercan a ella y en pocos segundos la agarran de los brazos y del pelo; la obligan a levantarse y prácticamente la llevan arrastras y a empujones. Ella grita y

llora, tratando de liberarse de tan insultante trato. Nota los arañazos en las rodillas y los golpes en los codos cada vez que cae al suelo sin que eso haga compadecerse a aquellas mujeres para que, cuanto menos la dejen en paz. De pronto, una de ellas grita:

—¡Aguardad!

Aminoran el paso hasta detenerse y la mantienen de rodillas en el suelo, sujetándole con excesiva fuerza el pelo.

—Mirad su pecho, sus brazos, sus heridas...

Ahora nota cómo las manos ásperas y poco cuidadosas de algunas de aquellas mujeres le toquetean con poco cuidado la piel, desde la base de su cuello hasta la zona de su corazón. Alguna, incluso, le causa un corte a la altura de la clavícula.

—No es sangre... —dice otra.

Antara no logra comprender qué está produciendo ese efecto en ellas pero sí percibe un denso líquido resbalándole sobre el pecho, hacia su barriga.

—¿Qué es? —pregunta entre sollozos—. ¿Qué ocurre?

Todas la sueltan rápidamente y se alejan con el rostro desencajado. Ella se lleva la mano al pecho y la percibe embadurnada con lo que quiera que sea. Es demasiado espeso para ser sangre pero lo que parece claro es que mana de sí misma. La respiración se le dispara a Antara al mismo tiempo que las mujeres continúan hablando.

—No puede ser... —murmura una de ellas, aterrada—. Es imposible...

—No es imposible —añade otra de ellas—. ¿Acaso no habéis visto todo lo que está sucediendo en las últimas semanas? Los temblores de tierra, los derrumbamientos... Y ahora ella está aquí. ¿Qué más queréis? ¿Qué otra evidencia necesitáis?

El silencio se alza tenso e incómodo. Antara sigue de rodillas en el suelo, dolorida por los golpes y el trato recibido. Escucha únicamente el sonido del viento meciendo las copas de los árboles y lo que ya se ha convertido en un rumor lejano, el de las aguas del riachuelo que discurría más atrás.

—La... lamentamos mucho... pensamos que...

La voz de una de las mujeres que ha hablado anteriormente se torna temblorosa. Habla entre balbuceos y prácticamente no se la entiende.

—Sentimos mucho el trato dispensado —concluye otra de ellas, haciendo acopio de esfuerzo—. No sabíamos quién erais y... perdonadnos, por favor. Haremos todo cuanto esté en nuestra mano para redimir lo que hemos hecho.

Antara frunce el ceño aunque todavía no ha sido capaz de dejar de temblar. Sigue con las manos sucias de aquella sustancia y preguntándose qué diantre ha sucedido para haber acabado allí. Lejos de aclararle dudas, cada acontecimiento que se sucede, la sume en un pozo más profundo de dudas y desesperación. Necesita escuchar la voz de Mina o la de su padre; la de su madrastra, la de Kristina o la de Óscar, incluso —no importa—, despertándola y concluir en que todo ha sido un sueño, una pesadilla más bien. Pero nadie la saca de aquel terror si no es para sumirla en otro peor. Paradójico —piensa para sí—. Un paso al frente siempre te aleja de un sitio en el que no quieres estar. Desde que ha despertado en el lecho del río, cada paso al frente la ha alejado de un sitio horrible para arrastrarla —en sentido literal— a otro peor. O quizás no...

Aquellas mujeres que hace un momento la arrastraban de los pelos como si se tratase de una bruja a la que llevaban a la hoguera, ahora le piden perdón con un rastro de terror dibujado en el timbre de sus voces. No entiende a qué se debe el cambio originado en ellas pero el caso es que han dejado de maltratarla y sea lo que sea lo que la ha dotado de tal poder, debe aprovecharlo.

—Quiero... algo para cubrirme —dice. La voz le tiembla a ella tanto como a las otras mujeres pero ¿qué puede perder?

—¡Rápido! —grita una de ellas—. ¡Algo para cubrirla!

Pronto percibe la cercanía de alguien y una prenda de ropa limpia que le tienden. La palpa y la olisquea de forma instintiva.

—Es una camisa, mi diosa —le explica una mujer.

¿Diosa? No llega a efectuar la pregunta en voz alta pero ¿a qué se debe esa forma de dirigirse a ella? Traga saliva mientras se coloca la camisa rápidamente.

—¿No podéis ver? —le pregunta la voz de una mujer más joven.

Antara permanece inmóvil y no dice nada. No sabe hasta qué punto sea sensato ratificarles ese extremo aunque tampoco piensa que pueda ser muy difícil para ellas confirmarlo.

—Probablemente le cueste adaptarse al mundo mortal —murmura alguien. Antara constata la mayor sensibilidad de sus otros sentidos desde que perdiera el de la visión. Lo único que tiene claro en toda esa situación es

que aquella gente la toma por una especie de divinidad o algo por el estilo, algo que si bien no le sirve para despejar dudas, sí le confiere cierto grado de tranquilidad. Una tregua.

La Asamblea ha concluido, dejando tras de sí un clima de malestar e incertidumbre ante el incierto futuro que se avecina. Zornak ha partido a toda prisa en cumplimiento de la misión que Lievanna le había encomendado. También Lynae y Bardot; Nial y la propia Lievanna, así como los dos centinelas que la habían acompañado desde la fortaleza de Akilea, ubicada en la montaña más elevada de Llumia donde, según se cuenta, habita ella sola, pues ese es el privilegio y a la vez la maldición de ser la escogida de los dioses para liderar a la hermandad de magos.

Nial es el último en abandonar la gran sala del templo, en el que habitan el resto de magos de la hermandad. El soberano de Alakron se detiene al salir y topar con la preocupada figura de Aidun, que permanece apoyado sobre la nivea pared, con los dedos sosteniendo el puente de su nariz. Alza la mirada al encontrarse con su belicoso enemigo, que se acerca caminando con despreocupación.

—Después de meses en guerra, parece que no será ninguno de los dos quien acabe con el otro —dice Nial—. ¿No tienes la sensación de haber estado perdiendo el tiempo?

—Lamento no corresponder a tu egocentrismo pero después de lo que he oído ahí dentro, me preocupan bastante más otras cosas —responde Aidun, con acritud—. Dijiste —prosigue, tras un tenso silencio— que tus hombres tenían orden de no atacar mientras durase la Asamblea. Ahora que ha terminado, supongo...

—Ya has oído a la hechicera —interrumpe Nial—. Este mundo se cae a pedazos, de modo que... ¿qué sentido tendría seguir con los enfrentamientos?

Aidun asiente.

—¿Les... liberarás, entonces? —pregunta después, con voz temerosa—. ¿Liberarás a mis hombres? Sin guerra, conservar a los prisioneros es absurdo.

Nial le observa largamente.

—Daré orden para que tu reina sea liberada hoy mismo —concluye—. Y también tus hombres. Ven a buscarla a los desfiladeros de Trasa. La liberaré allí.

Aidun extiende su mano.

—Entonces dejemos de hablar de tregua —dice a continuación— y hablemos de paz.

Nial corresponde al rey de Evestya y desaparece pasillo a través hasta llegar a la salida, donde le aguarda uno de sus soldados, que le ha acompañado a la Asamblea.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunta este.

—Es una historia muy larga y compleja. Te la contaré de regreso a Alakron.

—¿La tregua ha finalizado?

Nial acelera el paso, seguido por su acompañante.

—La tregua ha finalizado y la guerra también.

El soldado se detiene, sorprendido.

—¿Qué queréis decir?

—Que ya no hay necesidad de mantener prisioneros.

—¿Les liberaremos, entonces?

—Nada de eso. Matadlos. A todos.

—¿A la reina también?

—A Seara, la primera.

La tensión se mantiene inalterable; casi puede cortarse con un cuchillo, hasta que al fin se rompe o se acrecienta —Antara no está segura— al escuchar lo que parecen los lejanos cascos de unos caballos que se acercan a toda prisa. Llegan por el mismo camino que llevó a las mujeres, y de paso a Antara, hasta allí. Ella se tensa de nuevo y es incapaz de moverse para evitar ser embestida por los jinetes que llegan hasta el lugar y que se han detenido en aquel punto.

—Mi señor —saluda una de las mujeres.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta un hombre.

—Nada... tan solo... Pensamos... pensamos que esta mujer era una ramera —responde la primera que ha hablado—. Pero... pero nos equivocamos y...

—Estaba bañándose desnuda en el río —interviene una segunda—. Quisimos darle un escarmiento pero ella...

Antara trata de contener el temblor. Además del viento ahora escucha el relinchar de los caballos y el sonido de las riendas y las espuelas. Debe haber varios hombres allí y si bien las mujeres con las que topó inicialmente habían empezado a tratarla con un inusitado respeto, no tiene ni idea de qué puede esperarle con los recién llegados.

Tarda en reaccionar cuando escucha unos pasos acercándose a ella y una mano sujetándola de la barbilla, con fuerza.

—¿Y tanta atención para una ramera? —pregunta.

—Ella no... No es... —balbucea una de las mujeres.

—No es una ramera, mi señor. Es ella...

—¿Ella? ¿Y quién es ella? —insiste el hombre.

—Mirad su pecho, sus manos y su rostro. Observad lo que mana de sus heridas.

Antara no puede ver la malévola sonrisa que se traza en los labios del hombre que aún la sujeta ante su temor.

—Por supuesto... Su pecho...

La mano del hombre descendiendo desde su cuello sí logra despertar a la joven, que recula bruscamente.

—Ni se te ocurra tocarme —espeta.

—Mi señor... —murmura de nuevo una de las mujeres—. Deberíais tener cuidado...

El hombre da un paso al frente y sujeta a Antara del cabello, obligándola a bajar parte de la camisa que lleva puesta y mostrándoles a todos el líquido que impregna buena parte de su pecho en la que es, seguramente, la herida más importante de cuantas tiene. Impactado, la suelta y ahora es él quien recula.

—Aidun... —exclama el hombre.

La respuesta tarda unos segundos en darse. Pero al fin, otro hombre toma la palabra:

—Apresadla. No se me ocurre mejor defensa que una diosa para la misión que nos atañe.

—Pero...

—Pero nada. Ya me habéis oído. Esa basura de Alakron no es de fiar. Si intenta algo...

Antara viaja montada a lomos de un caballo, maniatada y sintiendo el cuerpo de un hombre detrás del suyo propio. Dentro de la incomodidad y la confusión por todo cuanto está viviendo, debe admitir y admitirse que podría ser peor. El hombre, que ha de ser bastante mayor que ella, le ha expresado en todo momento un profundo respeto; temor, quizás, por lo que la rudeza de aquel que ordenó su detención no se traslada a ese otro. El hombre le ha explicado que aquel que ordenó apresarla es el rey Aidun de Evestya, que se dirigen hacia los desfiladeros de Trasa en busca de la reina Seara, a quien Nial de Alakron, enemigo acérrimo del propio Aidun, ha de haber liberado. Todo aquello sigue siendo una auténtica locura para ella a la que no logra dar explicación pero en aquel momento sólo puede preocuparse de salir lo más bien parada posible de las situaciones con las

que va tropezando.

El calor sigue azotando con fuerza y ella se siente empapada en sudor pero tampoco eso le preocupa en tan angustioso momento.

Transcurrido un buen rato, detienen la marcha y el relinchar de los caballos, junto al silbido de un viento caliente y seco, es todo cuanto escucha. Se siente inquieta y a juzgar por el movimiento del caballo, no es la única.

—¿Qué está pasando? —pregunta con un hilo de voz.

—De momento no hay rastro del rey Nial ni de ningún enviado suyo; tampoco de la reina Seara pero si me preguntáis personalmente, el lugar no me gusta lo más mínimo. Ofrece recovecos a cada paso desde los cuales nuestros enemigos podrían estar acechando.

—Dijiste —responde Antara, con temor— que la guerra había terminado.

—Desconfiad siempre de las tretas de ese malnacido de Alakron, mi señora. Y protegednos, por lo que más queráis.

—Yo no...

—Sé sobradamente que mi señor no ha sido sutil en sus formas —sigue diciendo el hombre. El caballo empieza a caminar despacio—. Nunca lo es. Pero no es mal hombre. Ruego no le tengáis en cuenta su comportamiento y nos ayudéis a salir indemnes de todo esto, mi diosa. Sabremos compensaros como mejor os parezca: rituales, sacrificios, ofrendas, oraciones... Evestya es un pueblo entregado a su diosa.

—Yo no puedo hacer nada para protegeros...

—Frydos. Mi nombre es Frydos, mi señora.

—Frydos, ojalá pudiera brindaros esa protección que me solicitas pero temo que estoy mucho más perdida de lo que puedas imaginar. Ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí.

—¿No podéis... ver? —pregunta el hombre, casi con temor.

—No, no puedo —responde ella, tras un largo silencio.

El caballo vuelve a detenerse de nuevo y los murmullos entre los hombres empiezan a prenderse como la pólvora, de boca en boca.

—¿Qué pasa? —pregunta Antara, inquieta.

—Un... un caballo... se acerca —responde Frydos.

—¿Es el rey de ese otro lugar?

—No... —El hombre tarda en responder—. Es...

—iiiiiiNOOOOOOOOOO!!!!

El desgarrador grito de un hombre eclipsa la respuesta de Frydos. Antara se tensa y por un momento se siente incapaz de preguntar nada más. Sólo escuche un llanto y el viento, que continúa trayendo una abrasadora sensación.

—La reina Seara... —murmura Frydos—. Está muerta.

No tiene ni la más remota idea de quién es la tal Seara. Su identidad y su situación es una nota más de confusión en sus últimas vivencias pero Antara no se atreve a abrir la boca. El silencio tras el llanto, además, genera en ella un clima de tensión con el que se le hace difícil lidiar. No tiene ni la más remota idea de lo que está sucediendo pero pronto escucha la voz de Aidun, rey de Evestya, hablar muy cerca de ella.

—Llevala al castillo. Frente al soberano de Evestya, hasta los dioses rinden cuentas —zanja el hombre.

No hay respuesta.

El tenso silencio que se respira en la celda acentúa el nerviosismo de Antara. Ni siquiera se ha atrevido a moverse del rincón en el que ha terminado sentada después de que aquellos hombres que, soldados de Evestya, la llevarán hasta allí.

—Despierta, despierta, despierta —susurra con insistencia.

Se ha quedado dormida y está sumida en algún tipo de pesadilla. No hay otra explicación. Hace ya varios meses que apenas logra conciliar el sueño y si por fin lo ha logrado, es lógico que sea de forma pesada y profunda.

Además, sus últimas vivencias tampoco facilitan que las imágenes que surcan su mente durante el onírico descanso puedan trasladarla a una realidad agradable y tranquila. Eso o... Imposible, se dice a sí misma. 'El

Libro de los Vínculos'. Mina le había hablado sobre las extrañas particularidades de aquel volumen de gruesas tapas duras y aterciopeladas que se escribía con sentimientos y no con tinta y que necesitaba de dos autores. A pesar de ser una de las mil locuras de Mina, Antara ha fantaseado con la posibilidad de iniciar una historia que el muchacho desconocido continuaría, creando un vínculo irrompible entre los dos. Pero ella no lo hubiera aceptado, principalmente porque él se ha marchado. Sin embargo... ¿Puede el hecho de haberse quedado dormida sobre las tapas del libro, ser suficiente para dar inicio a su particular historia? Tampoco eso puede ser posible, pues ¿qué tiene que ver todo lo que está sucediéndole en aquel momento con sus sentimientos?

Una pequeña ráfaga de viento helado le golpea en la cara, irguiéndola y tensando todo su cuerpo.

—No te asustes —le pide una vocecilla—. Mi nombre es Lilia y he venido a traerte algo de parte de mi señor. De mi legítimo señor.

—No quiero nada de tu señor. Sólo quiero salir de aquí.

—Entonces hazlo.

—¿Quién eres tú?

—Ya te lo he dicho, Lilia.

—Lo siento pero tu nombre no me dice gran cosa.

—Me lo imagino... —responde la joven hada con tristeza—. Soy un hada del Bosque Gélido, esclava del rey de Evestya pero leal servidora de mi dios.

—¿Un hada?

—Sí. Un hada.

Antara se lleva los dedos a las sienes y suspira, superada de pronto por toda aquella situación; desde luego, si es un sueño, todo está siendo muy real.

—Dios mío... —susurra para sí.

—Dame tu mano.

La voz había sonado de un modo distinto, apenas un susurro más cercano a su oído con una especie de eco reverberando en su cabeza. Antara duda unos segundos pero acaba por colocar la palma de su mano hacia arriba y

esperar.

—Por sí sólo no te servirá de mucho pero... confío en que sea un principio.

Antara percibe los diminutos piecillos de Lilia posándose sobre su mano y aunque a ella misma le sorprende, refrena una sonrisa por las cosquillas que le produce. Pero no es lo único que hay sobre su mano. El hada coloca también un pequeño papel plegado.

—¿Qué es?

—Una página del libro.

—¿Qué libro?

—Tienes que ayudarnos. Por favor.

—No sé qué se supone que puedo hacer yo por vosotros.

—Eres la diosa, ¿no? Sólo escribe nuestra salvación.

—¿Escribir vuestra salvación?

—¿Qué clase de diosa eres? —masculla Lilia, enojada. Antara da un respingo al detectar que algo se posa sobre su regazo. Es el hada—. Esa página pertenece al libro de los dioses. ¿No es acaso cierto que todo lo que allí se escribe ocurre? Tienes que salvar a mi reino.

Antara extiende la mano y, con el dedo, tantea una pequeña figura de tacto frío y espigado.

—¡Au! —exclama Lilia—. ¿Qué haces?

—Eres muy pequeña...

—Soy un hada, ya te lo he dicho.

Antara traga saliva.

—No puedo creerlo...

—¿No puedes verme?

Ella niega con la cabeza.

—¿Y por qué? ¿No se supone que la diosa lo puede todo?

La puerta cruje y unos pasos firmes y desordenados ahogan la vocecilla del hada, cuyo liviano peso deja de apoyarse en el regazo de Antara. Ella oculta el retazo de papel que Lilia le ha entregado en su mano, convertida en puño. De entre aquellos que deben haber entrado allí a juzgar por el sonido de las pisadas, sólo uno de ellos avanza con determinación hasta acercarse lo suficiente a la celda en la que Antara está prisionera.

—Lilia, ven aquí —dice la voz ronca y pausada de un hombre. Antara la reconoce como la de la misma persona que habló en el bosque tras su desafortunado encuentro con aquellas mujeres. La voz de un hombre joven. La voz del rey de Evestya.

El hada, que se ha mantenido levitando sobre el grácil movimiento de sus alas, desciende lentamente, acercándose hasta Aidun, que extiende su mano en una muda invitación a que ella se pose allí.

—Mi señor... —murmura su temblorosa voz.

Él sonríe y sin vacilar, cierra la mano, quebrando el diminuto cuerpo del hada, que después deja caer al suelo.

—Que barran más tarde —se limita a decir—. Nuestra invitada es demasiado importante como para que dejemos los cadáveres tirados por cualquier parte... aunque sean de hada.

Antara ni siquiera se atreve a abrir la boca. Aquel hombre ha matado a Lilia, aquella pequeña hada que trataba de pedirle ayuda para su reino.

—¿Dónde está el libro? —pregunta el hombre. Antara duda sobre si es a ella a quien se dirige o no pero, de uno u otro modo, no tiene intención de entablar conversación con él—. Disculpa mi pésima educación. Mi nombre es Aidun y soy el soberano de Evestya. Aunque supongo que eso ya debes saberlo.

—Lo único que sé es que eres un malnacido.

Una parte de sí misma se arrepiente al instante de tan impulsiva respuesta. Aquel hombre ha demostrado no tener ningún tipo de escrúpulo para eliminar a todo aquel que le resulte molesto y si ella no va a prestarle la ayuda que él solicita con aquel libro, tampoco debe tener inconveniente alguno en matarla. No obstante, ¿qué más va a dedicarle a quien acababa de matar a alguien indefenso y en clara situación de inferioridad a sangre fría?

—Largaos de aquí —exclama el hombre.

Antara se tensa aún más al escuchar los pasos de aquellos que debían acompañar al rey de Evestya hasta allí alejándose al tiempo que la celda cruje y la oxidada puerta cede para que Aidun pueda entrar. De pronto escucha su voz mucho más cerca.

—Todos están convencidos de que eres la diosa. Pero yo no estoy tan seguro de eso. ¿Tú qué dices?

Ella guarda silencio. Aferra con tanta fuerza el papelillo que Lilia le ha dado que casi siente que lo desintegrará en su propia mano. Desde que llegase, de forma misteriosa y desconocida hasta aquel lugar, Antara no ha tenido reparo en mostrar el miedo que ha vivido en todo momento; sin embargo, esa es la primera vez que pugna por no dar muestras de debilidad. Su situación es claramente precaria pero la rabia contra el hombre que tiene enfrente es tal que no desea mostrarse frágil ante él.

—Ni siquiera puedes verme —continúa hablando él—. ¿Una diosa ciega?

—Quizás no necesite verte para matarte —responde al fin, acuciada por esa misma rabia que, ya no sólo en aquel extraño mundo, sino en su vida cotidiana, siempre la ha empujado a cometer actos impulsivos y de los que generalmente se arrepiente; actos, eso sí, muy alejados de responderle a un rey tirano.

—¿En serio? ¿Y si tan grande es tu poder por qué has permitido que matase a esa hada? ¿Dónde estaba su esperanzadora diosa?

Antara traga saliva. A aquellas alturas aún no entiende por qué todos alcanzan la conclusión de que ella es una deidad en ese mundo; tampoco encuentra explicación para el extraño líquido que mana de sus heridas, un líquido negruzco más parecido a tinta que a sangre pero, ciertamente, tal y como aquel hombre dice, si es una diosa, ¿por qué no es capaz de prestar la ayuda que todos esperan de ella? ¿Todos? ¿También él?

—¿Qué quieres de mí?

—Todos te quieren para solicitarte ayuda y favores. Por lo pronto, yo sólo quiero hacerte rendir cuentas.

—¿Qué cuentas?

—Todo a su debido momento.

El silencio se torna inquietante para Antara, que no sabe qué está haciendo el rey. Se mantiene con todos sus músculos en tensión hasta

que al fin le escucha alejarse de la celda, cerrarla y abandonar las mazmorras, donde ha oído que está.

Capítulo 6

5. Dioses de Antara - Capítulo 2: el rey tirano

Aidun permanece sentado en su regio trono de piedra. Las teas iluminan buena parte de la sala pero aquella noche todo le parece oscuro y particularmente frío. La corona permanece en el suelo, en el mismo sitio en la que la lanzó hace ya algunos minutos. Sobre su regazo descansa sólo la de Seara, su esposa. Trata de contener la rabia y la ira que guarda en el interior de su corazón pero sólo el cansancio y la vergüenza consigo mismo le impiden arrasar con todo cuanto tiene delante.

Su consejero siempre le ha dicho que le falta inteligencia y le sobra impulsividad para gobernar y aunque su orgullo siempre le ha impedido dar cabida a tamaña ofensa, aquel día no puede estar más de acuerdo. El rey de Alakron le había asegurado la libertad de Seara y sus hombres pero al mismo tiempo no había hecho sino reírse de él, burlarle. Una burda artimaña que él había creído a pies juntillas y que había acabado costándole la vida a la hermosa Seara.

Aidun alza la vista del suelo cuando el pequeño, Nuyben, de tan solo tres años, cruza corriendo el salón del trono para recoger la corona de su padre y colocarla sobre su cabeza, jugando.

—¿Y mamá? —pregunta, sonriendo.

Ni siquiera aguarda contestación antes de empezar a corretear de un lado a otro, saltando y canturreando. Después se detiene de nuevo frente al rey:

—¿Y mamá? —repite.

—Tu madre está...

—Tu madre está muerta —irrumpe de pronto la voz de Tarus, su consejero.

El chiquillo observa a su padre, aguardando una confirmación que no llega, pues Aidun es incapaz de abrir la boca. La mirada del soberano es suficiente para que la institutriz del joven príncipe se lo lleve de regreso a la habitación, evitando así tener que dar unas explicaciones que Aidun no sabe cómo encarar. Quien habla, no obstante, es Tarus.

—Es el futuro rey de Evestya. Deja de intentar ahorrarle sufrimiento. Este

tipo de cosas le harán más fuerte.

—Tiene sólo tres años. Creo que puede esperar para fortalecerse.

—Nunca se sabe en qué momento puede ascender al trono.

—¿Tan corto mandato me auguras que ya piensas en el de mi hijo?

—Bastante menos de lo que probablemente creas. Tu mayor enemigo te ha burlado y mientras tendía la mano que tú le ofrecías, con la otra mataba a tu reina. ¿En serio quieres que tu hijo se parezca a ti?

Aidun se pone en pie, apretando los puños y los dientes.

—Matadlo —ordena con serenidad.

Los soldados que se apostan en los diferentes accesos cruzan sus miradas, tratando de confirmar entre ellos si la orden que su rey les da ha de ser verdaderamente cumplida o si se trata sólo de un arrebato, de un impulso. Tarus no se mueve de su sitio y de sus finos labios surge una sonrisa que le modifica poco la expresión de su acerado rostro.

—¿Vas a matarme?

—No seré yo quien se ensucie las manos con alguien tan insignificante como tú.

—¿Qué diría tu padre?

—Mi padre está muerto. Él no dice nada. Y yo digo que estoy harto de ti. Ejecutadlo.

Dos de los soldados que hay en la sala caminan con paso dudoso hasta el consejero del rey, que alza las manos, tratando de dar a entender que no necesita que le sujeten como si fuera un vulgar reo más. Sus ojos profundos escrutan a Aidun, que permanece inmóvil en su sitio.

Mientras Tarus desaparece a paso lento y cadencioso, Aidun rememora mil conversaciones con su padre: “No es un hombre malo. Él sólo busca lo mejor para Evestya y su trono, y sea lo que sea aquello que diga, deberás tenerlo en cuenta. No es hombre de sutilezas pero sí lo es de pragmatismo y ducha inteligencia. Eso es más que suficiente”. A Aidun, Tarus le ha parecido siempre un auténtico imbécil con aires de superioridad y mil complejos que cubrir de apariencias pero sólo en honor a su padre, le ha tolerado. Hasta hoy. Sin embargo...:

—Esperad —exclama. Los soldados se detienen y se voltean. Tarus permanece dándole la espalda a su soberano—. Desterradlo. Que se

largue.

Casi puede leer el alivio en las expresiones de todos los que están allí. Vuelve a tomar asiento en su trono y se lleva las manos a la cara. Admite para sí mismo que la situación de Llumia no ayuda a su tranquilidad. Ni la hechicera ni los guardianes de los elementos le han dado a conocer en profundidad cuál es la solución a un problema que amenaza con hacer estallar su mundo. Y por lo tanto, deberá actuar por su propia cuenta y riesgo, como siempre ha hecho.

Alza la mirada al escuchar los pasos de algunos de sus hombres. Un soldado les precede y le hace una reverencia a la que Aidun responde de forma apenas perceptible. Después, dos soldados más caminan con una tercera figura maniatada y amordazada. Es Zornak. Su cara llena de golpes muestra que no ha puesto las cosas fáciles, pese a lo cual está allí tal y como el propio Aidun ordenó.

Un simple gesto de su cabeza basta para que uno de los soldados le arranque la mordaza que lleva puesta. Zornak respira costosamente.

—Los otros tres se habían marchado ya —le explica uno de sus hombres—. La hechicera había regresado, también, al templo de Akilea, lugar inaccesible para los mortales.

Aidun se acerca despacio hasta el guardián y toma el colgante que lleva puesto para observar con detenimiento la brillante esmeralda que lo adorna. Después, le da un seco tirón y se lo arranca.

—¿Dónde está el libro? —le pregunta.

Zornak guarda silencio y mantiene la mirada desafiante. Los ojos azules de Aidun se fijan ahora en los suyos.

—Lamento las formas, créeme. Pero la experiencia me dice que el secretismo entre magos y guardianes sólo salva a magos y guardianes.

—La experiencia —murmura Zornak, sonriendo—. Seguro que con 21 años tienes mucha de esa... Estás sentenciando a Llumia.

—No estés tan seguro de eso. Os devanabais los sesos tratando de dar con la manera de invocar a los dioses. Y sin mover un solo dedo, la diosa viene a mí.

—¿La diosa? —pregunta Zornak, incrédulo—. ¿Has dicho que ella...?

—Sí. Digamos que es mi invitada especial en el castillo.

—Estás mintiendo.

Aidun se encoge de hombros.

—Lo cierto es que lo que tú creas o dejes de creer me resulta indiferente. Tengo de ti lo que quería y... bueno, supongo que ya no te necesito.

Zornak alza la cabeza y fija de nuevo en él su mirada.

—Supongo que no —responde el guardián—, de modo que puedes matarme y seguir alimentando la leyenda del rey tirano. Todos te temerían al saber que has matado a un guardián de los elementos. Te temerían si quedase alguien en este mundo con vida. Pero tu mérito va más allá, rey, un golpe maestro: de una sola tacada, matarás a toda Llumia.

—Si quiero el libro de los dioses es precisamente para detener la muerte de Llumia. Tengo aún muchas cuentas pendientes como para permitir que aquellos que han de rendirlas, mueran sin más. Quiero venganza. Para eso necesito tiempo y un mundo donde llevarla a cabo.

—¿Hasta cuándo tu sed de sangre?

—Hasta saciarse.

—Nunca la saciarás. Siempre querrás más y más...

—No estás aquí para darme lecciones de nada. Sea por la causa que sea, quiero salvar a Llumia, de modo que confórmate con eso y dime dónde está el libro.

—El libro no está —murmura Zornak, vencido. Sabe que las esperanzas de Llumia por salvarse son escasas pero de existir, pasan por algo muy concreto, algo que ya no está en su mano, pues sabe, también que no saldrá de allí con vida—. Para invocarlo, debes reunir las restantes esmeraldas, representantes de los elementos de Llumia.

Aidun observa, confuso, la piedra que sujeta aún en sus manos.

—Faltan tres más —murmura, mientras le da la espalda a Zornak.

—Ten cuidado, Aidun —le dice este entonces—. Estás sangrando.

Sin tan siquiera voltearse, Aidun comprueba que el guardián tiene razón. En el cara interna de su antebrazo hay unas líneas trazadas, unas líneas que antes no estaban ahí y que sangran ligeramente. El rey se da la

vuelta despacio y se encuentra con la sutil sonrisa del guardián.

—Eres un marcado. Has tocado los elementos sagrados. Estás sentenciado por los mismos dioses a los que quieres recurrir. No te ayudarán a salvar ningún destino porque si uno está condenado ese es precisamente el tuyo. Aunque lograses salvar a Llumia, tú morirás.

Aidun sonrío, más como un modo de desafiar a Zornak que como un gesto que exprese relajación. El hombre se acerca más al guardián, extrayendo la daga que guarda en su cinturón. Después, alza la cabeza y algo en su expresión de modifica.

—Encerradlo —ordena—. Que no vuelva a ver jamás la luz del sol.

El eco de las voces lejanas que se aproximan al tiempo que los pasos hacen temblar el suelo, despiertan a Antara, a quien casi le sorprende haber sido capaz de quedarse dormida. Para su infortunio, despertar la mantiene en el mismo extraño mundo en el que lleva sumida desde hace ya un tiempo incierto, pues hasta la noción del mismo ha perdido.

Su mano derecha juguetea con el papelillo que aquella pobre hada le entregó. "Es una página del libro de los dioses; dicen que todo lo que allí se escribe, ocurre". Aquellas extrañas palabras que martillean en su cabeza, sumado al hecho de que todos se refieran a ella como 'la diosa', la mantiene, hace rato, en una una redundante idea. Lo único que necesitaría para llevarla a cabo es la certeza de que está sola allí. Han transcurrido varias horas desde que el rey de Evestya y el séquito que le acompañaba la visitase y, desde entonces, no ha escuchado el menor sonido, por lo cual Antara confía en lo certero de jugárselo todo a una carta. Despliega el papelillo con calma y pasea sus dedos sobre su arrugada y rugosa superficie. La parte que sigue no se le hace especialmente agradable pero la situación en la que se encuentra no da lugar a sutilezas. Lleva su temblorosa mano hasta una de las numerosas heridas que permanecen abiertas en su cuerpo; no duelen tardan más de lo normal en cerrarse. Por enésima vez se lleva la mano a la nariz y trata, inútilmente, de comprobar qué es el espeso líquido que se desprende de ellas pero no tiene ni la más remota idea. Después, desliza el dedo índice a través de la superficie del papel: «VEO». Traga saliva y se mantiene en silencio. Cierra los ojos y trata de acompasar una respiración que amenaza con dispararse. Después, poco a poco abre los ojos y en apenas unos segundos los siente encharcados en silenciosas lágrimas que recorren sus mejillas. Frente a sí sólo hay penumbra. Al otro lado de los oxidados barrotes que conforman su celda hay un ventanuco desde el que

apenas entra la tenue luz del mortecino día; es una luz anaranjada, que proyecta un rayo de sol sobre el suelo, como un brazo salvador hacia una libertad anhelada e imposible. Observa sus piernas desnudas llenas de arañazos y heridas; sus manos, sucias y magulladas; la vieja camisa amarillenta que aquellas mujeres le prestaron y su pelo, enredado, sucio y enmarañado. En circunstancias normales, nunca hubiera soportado verse en aquel estado pero en aquel momento no puede más que echarse a llorar, emocionada y a sonreír al mismo tiempo.

El corazón le da el enésimo sobresalto, sin embargo, cuando la puerta que conduce a las mazmorras se abre y como ya viene ocurriéndole —aunque no por usual le confiere la más mínima calma— se encuentra de nuevo en la angustia de no saber qué va a ocurrirle, aunque esta vez, al menos, podrá verlo. Pliega el papelillo rápidamente y lo oculta bajo la holgada manga de la camisa. Permanece con la mirada clavada al frente, fingiendo seguir sumida en la misma oscuridad de siempre pero logra ver a cinco hombres desfilando hacia el interior de la mazmorra y a dos de ellos, introduciéndose en su celda para detenerse, después, frente a ella. Cruzan sus miradas como si cada uno buscara en el otro la iniciativa de algo que no se atreven a hacer o que no les agrada.

—Mi... mi diosa —habla uno al fin—, tenéis que acompañarnos, por favor.

—El rey Aidun solicita vuestra presencia —añade el otro.

—¿La solicita? —pregunta Antara. Sigue ignorando la causa del temor que despierta en tanta gente pero no puede negar que empieza a estar encantada con ello—. ¿O más bien exige?

—Bueno... no queremos problemas con vos pero... tampoco los queremos con él. Os pedimos que lo comprendáis.

Antara se pone en pie y opone nula resistencia a que aquellos hombres la sujeten con cuidado de sendos brazos y la guíen —o eso crean ellos— hasta la salida. Dejan atrás las mazmorras y caminan a través de un pasillo largo y oscuro, frío, y hecho también de piedra. Antara finge tropezar al llegar a la escalera que queda a mano derecha y sin demora, y disculpándose, los hombres que la acompañan la ayudan a subir. El largo camino de acceso por el que la lleven culmina en un extenso patio rodeado de elevados árboles. Por fortuna, el atardecer y los altos muros impiden que la luz del sol sea lo suficientemente fuerte como para molestar a Antara y desvelar su nueva condición. No tiene muy claro que seguir fingiendo su ceguera vaya a proporcionarle una gran ventaja sobre el rey de Evestya o aquellos que quieran obtener algo de ella pero supone que de ese modo, se atreverán a actuar con una indiscreción de la que tal vez pueda sacar partido.

Los dos hombres que la han llevado hasta allí se mantienen inmóviles a su lado, dedicándole un sinfín de miradas de soslayo, al igual que otros tantos que cruzan el patio en una u otra dirección, todos perfectamente uniformados y distinguidos con lo que ha de ser el escudo de Evestya: una espada atravesando un corazón. Un hombre joven llega en aquel momento con paso firme y decidido: su cabello castaño se revuelve en su cabeza, mecido por la suave brisa que sopla desde las cumbres. Tiene los ojos azules y un rostro tan hermoso como inexpresivo.

—Majestad —le saluda uno de los soldados que se acerca desde otro punto—. Han traído a... a la diosa, tal y como solicitasteis.

Es él. Ignora por qué pero Antara había imaginado al rey Aidun de un modo muy distinto; algo mayor a pesar de saber distinguir, por su voz, que no debía serlo demasiado. Con barba y el cabello más largo. Imágenes proporcionadas a su mente, con toda seguridad, por las ilustraciones de las novelas de estilo medieval que solía leer en la biblioteca de Mina. Pero él dista mucho de esa imagen.

—Bien —dice el soberano—, ya sabéis, pues, dónde la espero. No quiero retrasos ni incidentes de ningún tipo.

Antara disimula cuando él se acerca y se coloca delante.

—Nos vamos de viaje —le dice—. Te sugiero que no intentes nada porque tienes todas las de perder, ¿me oyes?

Ella alza la cabeza con una marcada soberbia.

—¿Adónde pretendes que vaya?

—Eso no te importa. Simplemente límitate a ser diligente.

Aidun da media vuelta y se aleja justo en el momento en el que un niño llega corriendo hasta allí, propiciando que el joven se dé la vuelta, observándolo algo más apartado.

—¿Eres la diosa? —le pregunta a Antara.

Ella se ve obligada a mantener la cabeza erguida a pesar de que el rostro de aquel chiquillo de pelo rubio y vivarachos ojos verdes ha llamado enormemente su atención.

—¿Quién lo pregunta? —le responde ella, sonriendo.

—Soy Nuyben, el hijo del rey. ¿Tú eres la diosa?

Antara aún necesita unos segundos para procesar la respuesta del niño. Aidun no debe tener aún los veinticinco años pero tiene un hijo. Se agacha frente al chiquillo y, por encima de su hombro, logra distinguir el rostro del rey, observándolos con cierta curiosidad, en silencio. Su capa roja ondea al viento, proporcionándole un aire que Antara sólo cree posible en la nobleza.

—Eso parece —responde Antara, sonriendo—. Soy la diosa.

—¿Y es verdad que lo puedes hacer todo?

—Debe serlo —responde ella, con poco convencimiento.

—¿Entonces puedes devolverme a mi mamá? Ella murió pero si tú eres tan poderosa como dicen...

La sonrisa se esfuma del rostro de Antara, que se incorpora como un resorte cuando atisba la figura de Aidun acercarse hasta allí.

—Nuyben —exclama—. Ven aquí.

Lo toma de la mano y por un momento, Antara teme que vaya a golpear al chiquillo, habiéndose mostrado como un hombre frío y sin escrúpulos pero lejos de eso, él se agacha frente al muchachito y lo abraza.

—Mamá se ha ido para siempre y ahora debemos ser fuertes sin ella, ¿me oyes?

El niño lo mira cuando Aidun deja de abrazarlo, modificando notablemente la mueca esperanzada que había en su pequeña carita risueña.

—Pero la diosa...

—La diosa, nada. No está aquí para eso. Mamá ya no está y necesito que seas muy fuerte porque cuando yo me ausento en el castillo, tú eres el responsable, ¿me oyes?

El niño vuelve a sonreír.

—¿Ahora es como si yo fuera el rey? —pregunta

—Exacto. Voy a estar fuera unas semanas y tú debes ser el hombre ahora, el soberano de Evestya. ¿Crees que podrás?

—¡Claro que voy a poder! Lo haré muy bien, papá.

Aidun esboza una sonrisa amarga y Antara distingue en su rostro la

expresión de alguien agotado y superado por las circunstancias.

—De acuerdo. Confío plenamente en ti. Lo sabes.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé exactamente, cielo.

—¿Volverás? —Aidun le mira, conmovido—. Mamá se despidió de una forma parecida.

—Te juro por lo más sagrado que volveré —responde él, tras un largo silencio—. Claro que volveré.

—No pierdas a la diosa. Dice que puede hacerlo todo, así que... quizás si ya estás muerto como mamá, no pueda ayudarte pero si no, ella te ayudará.

Aidun se incorpora y le revuelve el pelo al chiquillo mientras busca con su mirada a Antara.

—No la perderé de vista.

—Es muy bonita, ¿verdad, papá? Casi tanto como mamá.

Antara traga saliva y clava su mirada en el suelo.

—Vamos —concluye Aidun—. Vuelve adentro. Pronto será de noche.

Le da un beso en la frente al chiquillo y este sale corriendo, perseguido por la institutriz. Aidun da media vuelta y monta a lomos de su caballo para marcharse.